

Brigitte EN ACCION

Lou Carrigan

El canto de las tortugas

A la Central Intelligence Agency (CIA): El proyectil atómico estará listo pronto para ser disparado. Mientras tanto, se sigue oyendo el canto de las tortugas en los kayos de Florida. Puedo ser mucho más explícito con ustedes a cambio de un millón de dólares ($ 1 000 000).

Atentamente,

James D. Luther.



Lou Carrigan

El canto de las tortugas

Brigitte en acción - 128

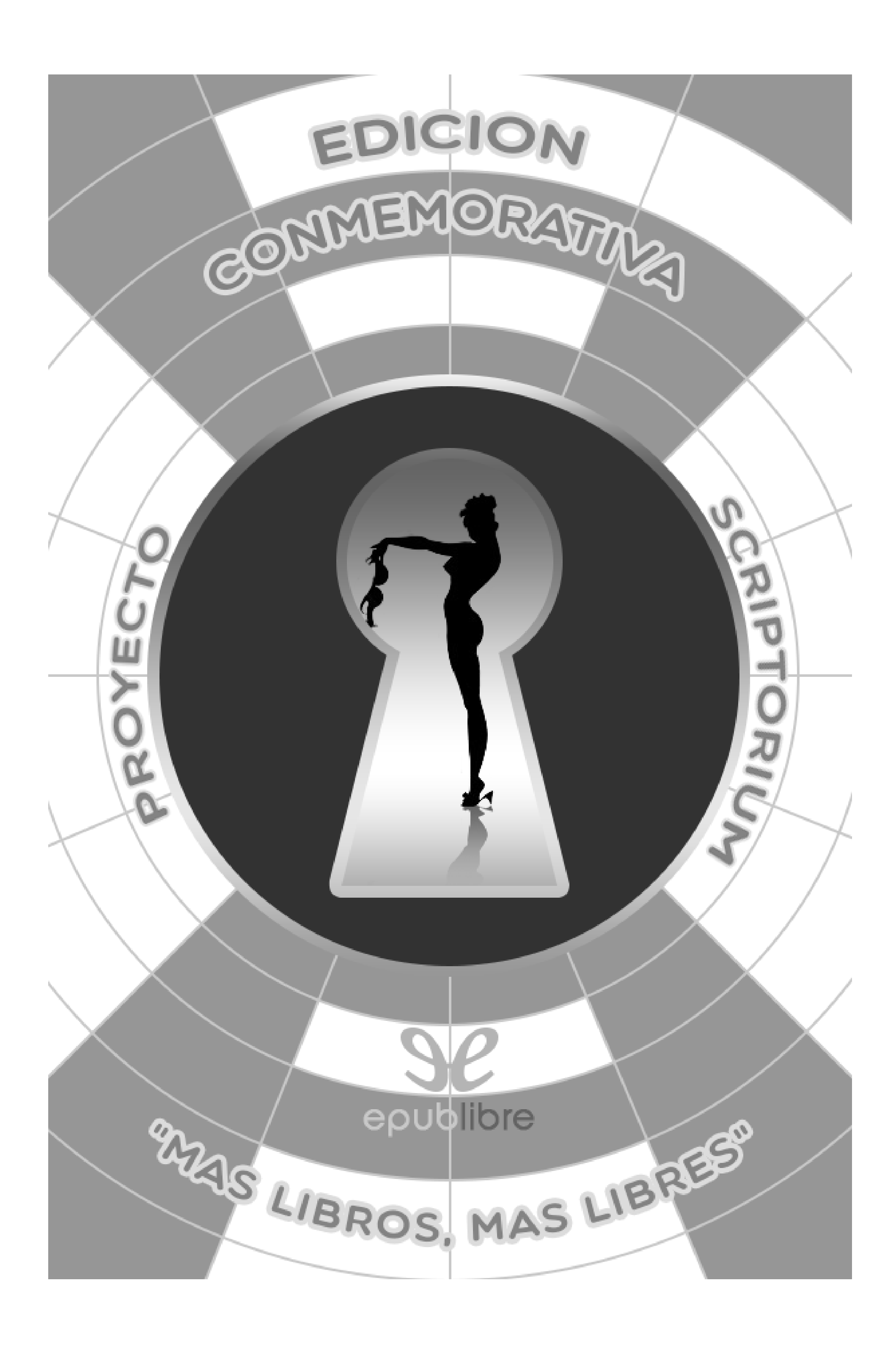
ePub r1.0

Titivillus 21.04.2019

Lou Carrigan, 1971
Diseño de portada: Benicio
Diseño de portadilla VI Aniversario: XcUiDi

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1




EDICION
CONMEMORATIVA
PROYECTO
SCRIPTORIUM
epublibre
"MAS LIBROS, MAS LIBRES"

Brigitte EN ACCION



Prólogo

El teniente comandante Mark Conrad, al mando de aquella lancha guardacostas de los Estados Unidos, tenía el ceño fruncido, fija la mirada en la pantalla del sonar.

—En definitiva —musitó—, ¿de qué se trata?

—No lo sé, señor —replicó el operador—. Es un rumor… No adivino qué puede ser exactamente. Es algo continuo y monótono.

—¿Lo tiene situado?

—Oh, sí… Sea lo que sea ese rumor, se produce muy cerca, como a dos millas a estribor. Hacia esa cadena de pequeños kayos junto a la cual estamos pasando, según mis cálculos.

—¿No se le ocurre qué puede ser? Yo soy poco más que un novato, Salters, pero usted lleva tiempo navegando por estas aguas…

—De veras que no lo sé, señor. Nunca lo había oído antes. Es tan nuevo para mí como para usted. Al principio me pareció que podrían ser un par de generadores de corriente, pero… no. Evidentemente, no es eso. Lo lamento, señor.

—Bien… Se supone que una lancha guardacostas está en el mar para vigilar las costas, así que iremos a echar un vistazo a esos pequeños kayos. Siga a escucha, y si identifica el sonido, avíseme inmediatamente.

—Sí, señor, lo haré.

Mark Conrad abandonó el interior de la lancha, para subir a cubierta. Dio orden al navegante para que cambiase el rumbo hacia estribor, acercándose a los kayos, y luego se apoyó en la borda, comenzando a sacar los prismáticos del estuche. Su segundo de a bordo, y dos jóvenes guardacostas, se acercaron a él, intrigados.

—¿Ocurre algo, señor?

—No sé, Cawley. Salters está recibiendo una señal en el sonar, pero no la identifica. Dice que le pareció que eran generadores en

marcha, pero luego se convenció de que no era eso.

—¿Generadores por aquí? —Sonrió Cawley—. Yo diría que eso es poco probable, señor. Por no decir imposible.

—Lo mismo pienso yo. Pero el sonar está recibiendo una señal, como un rumor, y nosotros tenemos que averiguar de qué se trata.

—Por supuesto…

Conrad enfocó al fin los prismáticos hacia los kayos. Se estaban acercando rápidamente a la línea que formaban éstos sobre las azules y transparentes aguas de Florida Bay. Tras ella, la veloz lancha iba dejando un amplio surco de blanquísima espuma, acercándose a los más cercanos islotes, que pronto quedaron agrandados ante los ojos del teniente comandante de la pequeña embarcación, gracias a los prismáticos.

—Por estos lugares nunca se había oído nada —dijo uno de los guardacostas—. Son islotes desiertos. Lo único que se puede encontrar en ellos son palmeras y, de cuando en cuando, alguna tortuga gigante. Y flamencos rojos. A veces llegan bandadas de flamencos rojos, que van y vienen de Los Everglades.

—Yo he visto también, alguna vez, pasar bandadas de patos —dijo Cawley—. Pero jamás supimos de la existencia de generadores. Nadie vive en esos islotes.

—Quizá haya una lancha con pescadores deportivos por aquí cerca… —sugirió el otro guardacostas—. Y podría ser ése el rumor que Salters recibe en el sonar.

—Eso ya no me sorprendería nada —asintió Cawley.

—Pues no se ve ninguna lancha —murmuró Mark Conrad, girando su posición para enfocar un gran arco de mar—. Lo único que he visto hasta ahora son tortugas en uno de los islotes… Hay quince o veinte por lo menos. Son enormes…

—¿Quince o veinte tortugas? —Exclamó Cawley—. ¡Imposible!

—¿Por qué es imposible?

—Bueno… Si me dijera que está viendo una o dos… Pero no he visto nunca tantas tortugas gigantes juntas, señor. A decir verdad, no es fácil verlas en tierra. Suelen pasarse la vida en el agua, y sólo llegan a las playas para esconder sus huevos en la arena. Luego vuelven al mar, olvidando sus huevos para siempre. Dejan que el sol los incube, y cuando nacen las tortuguitas, ellas solas se van inmediatamente al mar… Las que pueden. La mayoría de ellas son

devoradas por las gaviotas antes de llegar al agua. Las gaviotas suelen esperar a que nazcan las tortuguitas. Les gustan muchísimo.

—He contado dieciséis… —murmuró Mark Conrad—. Véalas usted mismo, Cawley. Quizá mi vista no sea buena.

El comandante de la lancha tendió los prismáticos a su segundo, que se apresuró a mirar en la dirección que le fue indicada. Su boca se abrió en un gesto de estupor, de asombro.

—Demonios… Pues es cierto. Hay muchas tortugas en la playa de ese islote, señor. Y… aún veo dos o tres más, desperdigadas a los lados…

—Quizá hayan salido a tomar el sol —sugirió uno de los guardacostas.

—Lo dudo. Pero… Bueno, cualquiera sabe lo que decide hacer una tortuga en un momento dado.

Mark Conrad, de nuevo con el ceño fruncido, tomó los prismáticos de manos de Cawley, diciendo:

—Vaya a ordenar que paren los motores. Quiero silencio absoluto en la lancha, Cawley.

—Sí, señor. ¿Anclamos?

—No es necesario. Solamente que paren los motores.

Poco después, la lancha se detuvo completamente, perdido incluso el impulso de su marcha a motores parados. Quedó meciéndose suavemente sobre las aguas cristalinas, a menos de un cuarto de milla del islote en el cual, ahora a simple vista, podían verse las manchas oscuras de las tortugas gigantes, en la arena que brillaba al sol de la tarde.

—Tienen que ser muy grandes… —comentó uno de los guardacostas—. Por lo menos miden seis o siete pies de punta a punta. Apuesto a que no pesan menos de mil libras. Una vez…

—Silencio… —murmuró Conrad—. ¿No oyen eso?

Quedaron todos silenciosos. Y pronto comprendieron que el oído de su comandante era más fino que el de ellos. Además del rumor del mar, comenzaron a captar, con toda claridad, un sonido monótono, un rumor como sibilante, mezclado con resoplidos, algo como un «fffiiirrr… ffirrrrr… ruúuuuúuuu…». Los demás guardacostas, a excepción del que gobernaba la lancha, se acercaron allí, formando grupo junto a la borda, todos en silencio, con expresiones de desconcierto.

—¿Qué puede ser? —susurró Conrad, por fin.

—No sé, señor…

Aquella especie de silbido mezclado con resoplidos se oía cada vez más claramente: «fffiiirrr… ruúuuuúuuu… fffiiiirrrrr…». Salters llegó, procedente del interior de la lancha.

—Lo tengo ahora, señor —dijo—. Se oye con toda claridad…

Se calló, y se quedó mirando, estupefacto, hada donde miraban todos sus compañeros. Ni una sola de las tortugas se había movido.

—Lo hacen ellas… —susurró de pronto Cawley—. Ese… canto lo están emitiendo las tortugas, señor. Todas a la vez, parece.

—Eso es un disparate —gruñó alguien—. Las tortugas no cantan. Todo lo más, cuando están molestas, emiten silbidos y resoplidos… Algo como lo que estamos oyendo ahora.

—¿Está diciendo que esas tortugas están molestas por algo? —se volvió Conrad hacia el que había hablado.

—Pues… así parece, señor. Las tortugas son animales muy pacíficos, incapaces de molestar. Pero una vez vi una tortuga furiosa. Era ridículo y sorprendente a la vez. Y hacía ese ruido, señor, se lo aseguro.

—A lo mejor están enfadadas con nosotros porque las estamos perturbando en su siesta —rió uno de los jóvenes guardacostas.

Hubo algunas risas. Mark Conrad permanecía con el ceño fruncido. De nuevo todos silenciosos, el rumor de las tortugas volvía a oírse perfectamente, incluso con más fuerza que antes.

—Cawley —dijo de pronto Conrad—: ordene rumbo a ese islote. Vamos a acercamos más. Y si es necesario, desembarcaremos.

—Sí, señor. Espero que no seamos atacados por esas ancianitas furiosas.

Hubo más risas. Dada la orden, Cawley regresó junto a la borda. La lancha comenzó a vibrar al ser puestos de nuevo en marcha los motores. A muy escasa velocidad fue acercándose al islote. Las tortugas gigantes se veían cada vez mejor.

—Qué extraño… —musitó el que había hablado de las tortugas furiosas—. Tienen la cabeza escondida. Y yo creo que esas tortugas no pueden…

—Ahí viene una —señaló Cawley.

Todos miraron hacia donde señalaba, y, en efecto, en las transparentes aguas vieron una tortuga, acercándose su forma

oscura hacia la lancha, directamente, sumergida quizá tres o cuatro pies tan sólo.

—Si sigue así, va a estrellarse contra la quilla —dijo alguien.

—Quizá está tan disgustada que nos ataca, dispuesta a enviarnos al fondo.

De nuevo se oyeron risas. La tortuga estaba ya muy cerca de la lancha, que a su vez, a escasísima velocidad, continuaba deslizándose a su encuentro.

—¡Atención! —Exclamó Salters—. ¡Va a chocar contra…!

¡BBBOOOOUUUMMMMM…!

La tortuga había chocado al fin. Y la lancha de la *United States Coast Guard* saltó por el aire en miles de pedazos.

Capítulo primero

—¿Satisfecho, querido?

Miky Grogan alzó la mirada del último folio escrito a máquina, para mirar a quien le había hecho la pregunta. Es decir, a la mujer más divina del mundo. Estaba sentada en uno de los sillones, fumando como si estuviera dando besitos al cigarrillo.

Tenía las piernas cruzadas, de modo que se veían poco menos que en toda su longitud, debido a la falda cortita. Sin embargo, pese al maravilloso espectáculo de las sensacionalísimas piernas, cualquier hombre preferiría mirar aquellos tremendos, grandiosos, enormes, bellísimos, dulcísimos ojos azules.

—Satisfecho… —suspiró Grogan—. Muy satisfecho, Brigitte. Cuando usted quiere, me hace feliz. ¿Por qué no escribe cada día un artículo como éste?

—Por dos razones, amado jefe. Una, que no cada día tenemos noticias tan interesantes y dadas a ser… descritas con mi magnífico estilo. Dos, que no siempre estoy en Nueva York, usted ya sabe.

El director del «Morning News» soltó un gruñido.

—Sí, ya sé… Y empiezo a estar más que harto de sus… excursiones haciendo trabajos para la CIA Le pago un buen sueldo, ¿no es así?

—Regular nada más. Ya le dije hace días por teléfono que estoy pensando en un… reajuste. Y tenga presente que si no se lo exijo ya es gracias a la CIA, que me paga más espléndidamente que usted.

—¡Buf!

—¿Qué quiere decir ese… ¡buf!?

—Quiere decir que estoy hasta las narices de la CIA Eso es lo que quiere decir. Usted es una gran periodista. Dedíquese a eso, y olvide las tonterías del espionaje. Una gran periodista como usted…

—Merece más sueldo —acabó rápidamente Brigitte.

—¡Pues pídale ese aumento a la CIA!

—La idea no es mala —reflexionó Brigitte—. Y es muy posible que siga su consejo. Doscientos cincuenta mil dólares anuales empieza a parecerme poco por jugarme la vida treinta o cuarenta veces al año. Sí… Viene a salirme a unos cinco mil dólares por vida aproximadamente. Pediré más. Buena idea, Miky.

—¿Está intentando hacerme creer que la CIA le paga un cuarto de millón?

—¿Qué le pasa? —Abrió mucho los ojos Brigitte—. ¿Se sorprende de que alguien me pague más que usted? ¿Por qué? Oh, además, tengo… primas especiales para desplazamientos, premios a misiones terminadas felizmente… Cosas así.

—¡Pues si tanto dinero gana, no veo por qué me ha de pedir aumento a mí! ¡Con sus dos sueldos, le sobra dinero para vivir…!

—Es cuestión de principios. No se trata de lo que yo necesite, sino de lo que yo *gane*. Si merezco cien…, ¿por qué he de aceptar cincuenta…, aunque sólo necesite veinticinco? Lo que yo gano y merezco es mío, no del «Morning News» o de la CIA

—Bueno, bueno, bueno… Haremos una cosa —sonrió astutamente Grogan—: usted le pide aumento a la CIA Si se lo conceden, yo también lo haré, en la misma proporción. ¿*Okay*?

—*Okay*. Entiendo que si la CIA me aumenta cien mil dólares, usted me aumentará setenta mil. Esa es la proporción.

—Caramba… Setenta mil dólares… De acuerdo. ¡Sé muy bien que la CIA no le va a aumentar semejante cantidad, así que juego sobre seguro! ¡Y nada de contarme luego cuentos chinos, queridita! ¡Yo mismo le preguntaré a Pitzer…! ¿Sí?

Había sonado el interfono, y Grogan bajó la palanca de admisión, interesándose por el asunto. Se oyó la voz de su secretaria.

—El señor Pitzer desea verlo, señor Grogan.

—¿Pitzer? ¿Está aquí?

—Sí… Claro, está aquí.

—¡Que pase inmediatamente!

Cerró la comunicación, y se frotó las manos, sonriendo con sarcasmo. La puerta se abrió, y Pitzer entró, cerrando tras él. Miró las piernas de Brigitte, dirigió una mirada mortecina a Grogan y un saludo apenas murmurado, y de nuevo se quedó mirando las sensacionalísimas piernas de la más audaz y peligrosa espía del

mundo.

—Peggy me dijo que estaba aquí, y como hacía tiempo que no saludaba a Grogan, decidí venir.

—Pues llega muy a tiempo, Pitzer —exclamó Grogan—. Precisamente estábamos hablando de usted.

—¿De mí? Vaya… ¿Qué les he hecho ahora? No me gusta que la gente hable mal de mí.

—Hola, querido tío Charlie —dijo Brigitte.

Pitzer subió los ojos hasta los de Brigitte, y frunció el ceño.

—¿*Querido* tío Charlie? —murmuró—. Al parecer, he llegado en un momento de cordialidad y buen humor. ¿De qué se trata?

—Voy a pedir un aumento anual de cien mil dólares a la CIA ¿Qué le parece a usted?

—Que hará muy bien, hijita. Yo apoyaré esa petición.

—¡Queridísimo tío Charlie…!

—Bueno, bueno… —cortó Grogan—. Una cosa es pedir ese aumento y otra cosa es que se lo concedan, ¿no? ¡Dudo que lo hagan! ¡Ni aunque usted lo apoye, Pitzer!

Éste miró con expresión casi divertida a Grogan.

—Amigo Grogan: la agente Baby no precisa que nadie la apoye en nada. Si he dicho eso ha sido más como un refuerzo moral que otra cosa. Le subirán esos cien mil dólares. Y si yo fuese ella, pediría el doble de lo que está cobrando ahora. Igual se lo darían:

—¡Queridísimo y amado tío Charlie…! —Dio un gritito Brigitte —. ¡Lo adoro!

Miky Grogan estaba pálido, y sus dedos comenzaron a estrujar papeles.

—Tonterías… —refunfuñó—. ¡Tonterías! Ya veremos si acceden a semejante locura. Bien… ¿Qué le trae por aquí, Pitzer?

Éste se acercó más a la mesa, sacó su pipa, se la puso entre los dientes y abrió el portafolios. De él sacó un pequeño magnetófono a pilas, que colocó ante Brigitte, y lo puso en marcha. En seguida comenzó a oírse la grabación:

¡Ffffiiirrrr… bruúuuúuufff… Fffiiirrrr… ruuúuuúuu…! Brigitte miró sonriente a su jefe de Sector.

—Parece que algo anda mal en esta grabación, tío Charlie.

—No. Es correcta. Ese es el sonido auténtico que fue grabado.

—¿De veras? —Brigitte estuvo escuchándolo unos segundos más,

muy atentamente, antes de volver a mirar a Pitzer, desconcertada —. ¿Y bien? ¿Qué… cosa es ésta?

—Se diría que el canto de las tortugas.

Baby quedó estupefacta.

—¿El qué? —exclamó.

—¡Es una broma tonta! —refunfuñó Grogan.

Grogan sonrió secamente, y del portafolios sacó un papel, doblado en cuatro; lo desdobló, y lo tendió a Brigitte, junto con un sobre aparte.

—En un paquete especial nos llegó la cinta magnetofónica. Casi al mismo tiempo llegó esta carta a la Central. Léala, por favor.

Lo primero que leyó Brigitte fue el remitente del sobre. El nombre y dirección eran éstos: James Luther, 32 Rainbow Terrace (Flamingo, Florida).

La carta decía así:

> *A la Central Intelligence Agency (CIA): El proyectil atómico estará listo pronto para ser disparado. Mientras tanto, se sigue oyendo el canto de las tortugas en los kayos de Florida. Puedo ser mucho más explícito con ustedes a cambio de un millón de dólares ($ 1.000.000).*
>
> *Atentamente,*
>
> *James D. Luther.*

Brigitte se quedó mirando el pequeño magnetófono, escuchando aquellos sonidos sibilantes mezclados con resoplidos, como absorta. Por fin alzó la cabeza hacia Pitzer, que se apresuró a quitarle el papel de las manos justo cuando Grogan lo iba a tomar. Miky Grogan enrojeció, pero no dijo una sola palabra.

—Bien… —musitó Brigitte—. Supongo que tengo que ir a Flamingo, tío Charlie.

—Así es.

—Lástima. Habría preferido ir a Miami, para conocer a Trudy Dolnick.

—¿A quién?

—A Trudy Dolnick. ¿De verdad no sabe quién es? Una jovencita de dieciocho años, que ganó el concurso celebrado el mes pasado en Miami. Le dieron el título de «Miss Universitaria» y le regalaron un

broche de oro. ¿No lo sabía?

—No me ocupo de tonterías.

—Pues hace mal. Las tonterías nos hacen más humana la vida. Incluso había pensado en comprarme un broche. ¿Cree que un broche luciría bien en mí?

—Primero tendría que ver el broche. Y para ser sincero, no creo que usted necesite ponerse un broche

—¡Idolatrado tío Charlie…! ¿Tengo ya el pasaje para Miami?

—Todo está listo. Peggy se está encargando de su equipaje, y se lo llevará directamente al aeropuerto. Al llegar al Miami International Airport, preséntese en la Brown *Rent-a-car*, donde encontrará un coche alquilado a su nombre. El avión sale dentro de hora y media.

—De modo que llegaré en coche a Flamingo. Bien… De todos modos, aquel clima es mil veces mejor que el de Nueva York. Sobre todo, en diciembre. Ni siquiera hay mosquitos por estas fechas. Supongo que no habrá inconveniente en que a mi vuelta vaya a conocer a la chica más bonita de Miami.

—Ninguno. ¿Alguna pregunta, Brigitte?

—Pues… no. Ninguna que usted pueda responder, tío Charlie. Supongo que todo cuanto saben ustedes es lo mismo que puedo saber yo después de leer esa carta. Tampoco necesito instrucciones: se hará… lo que se tenga que hacer. Oh, una sola pregunta: ¿se han interesado por nuestro comunicante, el señor James Luther?

—Desde luego. No hay nada sobre él. No tiene antecedentes de ninguna clase. Incluso hemos consultado al FBI y a la Policía. No hay nada de nada sobre ese James Luther.

—Bien… —Brigitte consultó su relojito y se puso en pie—. Lo mejor será que me vaya ya hacia el aeropuerto. Almorzaré allí mismo. *Ciao*, queridos.

—¡Un momento! —estalló al fin Miky Grogan—. ¿Qué demonios está pasando aquí? ¿Acaso yo no pinto nada?

—Mucho —sonrió Brigitte—. Pero menos que el tal James Luther, querido. Por lo menos, en estos momentos. A mi vuelta será mucho más importante, pues tendremos que hablar de dinerito. Adiós.

Salió del despacho, dejando mudo de indignación a Grogan y de admiración a Pitzer, que suspiró cuando la puerta se cerró.

Brigitte cruzó el antedespacho de Grogan, agitando los deditos hacia la secretaria, y salió al amplio pasillo que dividía en dos la enorme planta del periódico, en su sección de oficinas. Allá casi se dio de narices con Frank Minello, que llegaba corriendo. Minello la abrazó y lanzó un alarido de indio apache.

—¡Hurra! ¡Te atrapé! ¡Me han dicho que estabas aquí y he venido a adorarte!

—Te lo agradezco mucho, Frankie —sonrió dulcemente Brigitte —. Pero ahora tengo mucha prisa. Mañana o pasado te enseñaré el broche que voy a comprarme.

—¿De veras? —exclamó Mineo—. ¡Wuohaooo! Oye, ¿adónde vas?

—A un concierto de canto.

—¿A un…? ¡Pero si sólo son las once y media! ¡De la mañana!

—No importa, querido. Al parecer, las tortugas no entienden de horarios para cantar. *Ciao*.

Capítulo II

Hacia las seis y media de aquella tarde, Brigitte detenía el auto con el que había llegado desde el aeropuerto de Miami, delante de una gran tienda de artículos deportivos, de formidable escaparate, iluminado por dentro. Encima de la fachada había un discreto anuncio luminoso, que también había comenzado a funcionar, pese a lo relativamente temprano de la hora. En letras rojas, el nombre de la tienda iba destellando cada pocos segundos: Romano's… Romano's… Romano's…

Se apeó y fue a la puerta de la tienda. Estaba ya cerrada para la venta, pero al fondo se veía luz. Estuvo vacilando unos segundos, contemplando los objetos expuestos en el escaparate, y los que se veían dentro, cerca de la puerta: botes hinchables, cañas de pescar, aletas de goma, tubos de aire, trajes completos para inmersiones, escopetas de dos cañones, carabinas de aire comprimido, zapatillas deportivas, raquetas de tenis, juegos de *base-ball*… De todo. Posiblemente era una de las mejores tiendas de artículos deportivos de Flamingo.

Por fin apretó el botón del timbre. A los pocos segundos, la silueta de un hombre destacó en el fondo de la tienda, mientras la parte iluminada parecía aumentar. Evidentemente, alguien había abierto más una puerta, dejando llegar más luz a la tienda desde otro lugar. Vio acercarse al hombre, y preparó una cortés sonrisa…, que se fue esfumando a medida que el hombre iba siendo más visible a la luz del escaparate, que le daba de lado, tenuemente. Tenía una gran cabellera oscura, crespa, difícil. En el lado de la cara que ella podía ver, desde la boca a la oreja, destacaba una cicatriz. Era alto, poderoso, aunque de caminar un tanto torpe, pese a que no parecía tener más de cuarenta años. Cuando se detuvo ante la puerta de cristal para abrirla, y la miró, Brigitte notó un ligero escalofrío. El ojo derecho de aquel hombre se veía blanco, como si

tuviera una nube delante de la pupila. Alguna enfermedad lo había dejado ciego de aquel ojo, que producía una terrible impresión. El otro era normal, casi hermoso, de mirada viva, directa.

Para cuando el impresionante individuo hubo abierto la puerta, Brigitte había aceptado ya aquel terrible aspecto, y consiguió de nuevo la sonrisita cortés.

—¿Diga? —se interesó el hombre amablemente.

Sonreía también amablemente, de modo que su cicatriz se arrugaba. Brigitte pensó que aquel ojo parecía el de un pescado hervido, blanco, inexpresivo…

—No quisiera molestarle, señor…

—No es molestia. Hemos cerrado ya, pero si necesita algo con urgencia la atenderé con gusto. ¿Qué desea?

—En realidad, no vengo a comprar. Solamente quisiera ver al señor Luther. He estado en su domicilio, pero me han dicho que salió esta mañana y que no había vuelto. Sugerí que iba a esperarlo, pero el vecino que estaba en el jardín contiguo me dijo que algunas noches no volvía y me… indicó que trabaja aquí. ¿Podría verlo?

—¿Es usted pariente suya?

—Pues… no. No. Pero me urge verle.

El hombre miró hacia el coche de Brigitte y, de nuevo, a ella.

—Yo soy Romano, el dueño de la tienda… Estaba trabajando en el despacho, pero si lo desea la llevaré con gusto adonde está James.

—Por favor, no se moleste. Sólo dígame dónde está él y…

—¡Ninguna molestia! A menos que prefiera usted no llevarme en su coche… Puedo decirle dónde está; pero aunque Flamingo no es muy grande, llegará antes y mejor si la guío. Además, yo tengo que ir hacia allá. Vivo en esa dirección.

—Bien… Si realmente no le molesto…

—Por supuesto que no. Perdóneme unos segundos. Apagaré la luz del despacho.

Regresó al interior de la tienda. La luz se apagó, quedando sólo encendida la del escaparate. El gigante del ojo blanco apareció, poniéndose la chaqueta, sonriendo.

—Cuando guste.

Entraron los dos en el coche, y Brigitte se sentó ante el volante, manteniendo los muslos un tanto separados, para poder empuñar la

pistolita sujeta al izquierdo con tira de esparadrapo color carne. El tal Romano parecía una persona pacífica, pero Baby había caído ya en demasiadas trampas para confiarse.

Nada sucedió, sin embargo. Romano le estuvo dando indicaciones, hasta que por fin señaló un edificio pequeño, blanco, rodeado de césped, con palmeras enanas, muy iluminado. No muy lejos, por entre palmeras mucho más altas, se veía el brillo de la luna sobre las aguas del mar.

Detuvo el coche delante de la gran entrada, y Romano se apresuró a apearse, con claras intenciones de rodear el coche para abrir la portezuela del lado de Brigitte; pero ella se apeó antes, mirando a todos lados, con curiosidad y sorpresa.

—¿No es esto un hospital, señor Romano? —musitó.

—Sí, sí… El hospital de Flamingo. Venga por aquí… James está hacia aquel lado.

Señaló a la derecha de la puerta principal, donde se veía una puerta más pequeña, muy discreta, a la cual se llegaba recorriendo un sendero secundario. Llegaron allí, Romano empujó la puerta y señaló el interior a la espía, que comenzaba a sentirse incómoda por aquel presentimiento y por aquella indefinible sensación de frío que le producía el ambiente. Un hombre con bata blanca llegó por el pasillo, mirándolos con curiosidad, y en seguida a ella, con una admiración incontenible.

—La señorita quiere ver a James Luther —dijo Romano.

—Ah… ¿Es familia de él, quizá?

—No —sonrió dificultosamente Brigitte.

—Bien… Por aquí, por favor. ¿Usted también entra, señor Romano?

—Gracias, no. Esperaré aquí.

Brigitte siguió al hombre de la bata blanca, que llegó al fondo del pasillo, y abrió aquella puerta. Inmediatamente, Brigitte notó el hálito frío que salió del cuarto. En realidad, ya no necesitaba más explicaciones, y de buena gana se habría marchado de allí, pero el enfermero era un hombre muy complaciente. Se acercó a uno de los cajones frigoríficos y tiró de él, sacándolo. Quitó la sábana, se volvió y señaló el contenido de aquel gran cajón.

—Aquí lo tiene.

La espía se acercó. Ciertamente, la muerte no la impresionaba ya

en absoluto, pero se sentía incómoda y fría allí. Además, sentía un disgusto profundo, casi ira. Se colocó junto al gran cajón del depósito de cadáveres y se quedó mirando al hombre muerto. Estaba completamente desnudo, y en su pecho se veían tres feos agujeros de tono azul. La sangre había sido limpiada, pero el espectáculo no era agradable, ni mucho menos. James D. Luther había sido un hombre hermoso, de unos treinta y cinco años, alto, fuerte. Se veían sus hombros anchos y bien musculados. En aquellos momentos, seguramente estaban duros como piedras, ya apoderada de su cuerpo la rigidez *post-mortem*. Tenía largos cabellos ondulados, un rostro agradable, aunque vulgar…

—¿Lo reconoce?

—No le conocía —musitó Brigitte.

—Entonces, ¿por qué se interesa por él?

—Recibí una postal suya, citándome en Flamingo.

El hombre no entendía aquello, pero comprendió que la visitante del depósito de cadáveres no iba a ser más explícita. Brigitte se apartó y el cajón regresó a su frío interior. Luego, los dos caminaron hacia la puerta. Una vez cerrada ésta, ya en el pasillo ambos, Brigitte murmuró:

—¿Qué le pasó?

—Lo encontraron muerto en la playa a balazos.

—¿Cuándo?

—Esta mañana. ¿De verdad no es usted amiga o familia de él?

—De verdad. Pero sí quisiera hablar con alguien de su familia. ¿Usted podría indicarme…?

El hombre estaba moviendo negativamente la cabeza.

—Nadie ha venido. La noticia se ha difundido por radio, pero nadie se ha presentado. No es sorprendente. El señor Romano, que acudió aquí en seguida, dice que Luther no tenía familia, que él supiera. Vivía solo. Pero si usted quiere, la avisaré si alguien más viene preguntando por él.

Brigitte se quedó mirando al amable enfermero, con lento parpadeo.

—Se lo agradecería —murmuró—. Acabo de llegar a Flamingo, de modo que no tengo aún alojamiento. Pero pienso ir al «Flamingo Lodge» ahora mismo. Me llamo Brigitte Montfort.

—Muy bien. Lo recordaré si puedo ayudarla.

—Gracias.

En el extremo del pasillo cercano a la puerta se reunió con Romano, que fumaba pausadamente. Se miraron, pero eso fue todo. Los dos salieron del depósito de cadáveres, y Brigitte, tras suspirar profundamente, dijo:

—¿Puedo llevarlo a algún sitio, señor Romano?

—No es necesario. Iré caminando.

—Como guste. Gracias por todo.

—No tiene importancia. Bien… Espero que no se haya molestado conmigo por no decirle que James estaba muerto. Quizá le parezca una tontería, pero yo quería intentar saber algo sobre usted. Apreciaba mucho a James, como persona y como empleado mío, y dadas las circunstancias de su muerte… Bueno, me parece que he hecho el tonto queriendo jugar un poco a detectives.

—¿Le pareció que yo podría tener algo que ver con su muerte? —sonrió Brigitte. Romano quedó estupefacto unos segundos. Por fin exclamó:

—¡Desde luego que no! Ya le he dicho que ha sido una tontería mía. Perdóneme. Y si en algo puedo serle útil…

Sacó una billetera, y de ella una tarjeta, que tendió a Brigitte. Ella la tomó delicadamente, con dos deditos, y sonrió de nuevo.

—Muchas gracias, señor Romano Hasta la vista.

Le tendió la mano. Luego fue al coche, lo puso en marcha y se alejó de allí, dejando a Romano frente a la entrada al depósito de cadáveres.

De momento, y tal como estaban las cosas, lo mejor era buscar alojamiento. Y reflexionar. Porque, indudablemente, aquella muerte no significaba que la agente Baby diese por terminado un asunto en el que se hablaba de un proyectil atómico que pronto estaría listo para ser disparado… y del canto de las tortugas.

Capítulo III

«Flamingo Lodge» está junto al mar, y a un lado hay un bonito embarcadero casi siempre lleno de lanchas y, en ocasiones, abundan también los yates. Campo de golf, piscinas, pistas de tenis, grandes ex tensiones de césped, palmeras… Un lugar digno de la agente Baby, naturalmente. Se había instalado en una magnífica *suite* de dos habitaciones, baño y *living*, con una gran terraza corrida de cara al mar. Y allí estaba, en la terraza, fumando y pensando, tomando decisiones respecto a lo que convenía hacer, cuando sonó la llamada a la puerta de la *suite*.

Cuando abrió se quedó mirando al hombre, joven y de aspecto simpático y un tanto tímido, que, a su vez, la contempló con cierta expresión de incrédulo sobresalto. Lista para dormir, con camisita y *deshabillé* encima, la agente Baby era capaz de hacer dar saltos al corazón de una estatua. La temperatura era agradable, tibia, de modo que podía permitirse ropitas más bien vaporosas.

—¿Sí? —musitó.

—Emmm… ¿Señorita Montfort?

—Sí. ¿Qué desea?

El hombre sacó un estuche de piel, lo abrió y mostró la placa que contenía.

—Soy el sargento de detectives Paul Everitt. Lamento molestarla, pero le agradecería que me permitiera hacerle algunas preguntas.

—Entiendo. Supongo que le avisaron del hospital respecto a mi interés por James Luther.

—Sí… Así es, en efecto.

—Pase… —Everitt entró en la *suite*, ella cerró la puerta y, cuando se volvió, sonrió encantadoramente. ¿Soy sospechosa de algo, sargento?

—No, no, por Dios… Si mi actitud la ha molestado…

—Su actitud es correctísima y simpática, de modo que no podría molestarme. ¿Quiere sentarse?

—Pues… Bueno, sólo quisiera hacerle un par de preguntas…

—Lamento no poder ayudarle en nada. Para ahorrarle trabajo, le diré que no conocía de nada a James Luther. Pero esta mañana recibí una carta suya en mi periódico, citándome en Flamingo para proporcionarme una noticia interesantísima, y… aquí estoy. Me pedía mil dólares por ella.

—¿Por la noticia?

—Claro.

—Bien… ¿No le aclaró sobre qué se trataba?

—No. Y créame que lo siento. Ya le digo que no sé nada de nada. Es más: cuando el señor Romano, el patrón de James Luther, me llevó al depósito de cadáveres, yo no sabía aún que lo iba a encontrar muerto. Fue una… genialidad del señor Romano. En cuanto a mí, si precisa informes de cualquier clase, puede llamar al «Morning News», de Nueva York.

O a la Policía de allá. Conozco muy bien a algunos altos cargos que le aclararán sobre mi… personalidad.

—Bueno… —sonrió tímidamente Everitt—. Quizá me interese por ello, por pura rutina. Aunque no creo que valga la pena. Basta verla para catalogarla en seguida, señorita Montfort.

—Muchas gracias —sonrió ella—. Le invitaría a un trago, pero supongo que no puede beber estando de servicio.

—Cosa que nunca me fastidió tanto como ahora. Bien… No sé qué preguntarle, francamente, dadas las circunstancias.

—Insisto en que no podría contestar a ninguna pregunta relacionada con el señor Luther. Lo lamento de veras. De todos modos, no tengo inconveniente en escucharle.

—Bien… No sé… ¿No mencionaba Luther a nadie en su carta? ¿Algún nombre, algún indicio…?

—No.

—¿Podría… ver esa carta?

—La dejé en Nueva York. Francamente, sargento, no le di gran importancia. Hay mucha gente que cree tener noticias sensacionales y luego no valen ni siquiera para las páginas interiores. Pero como en Nueva York hace frío, y a mí me gustan los climas cálidos,

convencí a mi jefe para que me dejara venir a Flamingo. ¿Qué podía perder?

—Entiendo… —sonrió Everitt, cada vez más encantado—. Supongo que se irá pronto.

—No sé… Quizá aproveche para permanecer aquí un par de días o tres. Para ello me bastaría cualquier indicio que me justificase ante mi jefe. ¿Usted no podría darme ese indicio?

—¿Yo? —se pasmó Everitt.

—Sobre James Luther. Lo mataron a balazos, ¿verdad? Pues eso podría ser una noticia interesante relacionada con la otra noticia que él quería venderme… ¿No cree?

—Vaya… Sí, es posible, desde luego.

—¿Ha sucedido algo importante por aquí estos últimos días?

—¿Importante? Bien, ocurrió algo… Yo diría que fue… trágico, más que importante. Digamos… una tragedia importante. Una lancha guardacostas explotó cerca de los kayos que cierran Bahía Honda. La tripulación falleció. Fueron recuperados algunos cadáveres, destrozados.

—¿Murieron todos?

—Eso parece.

—¿Y dice que la lancha… explotó?

—Llegaron a esa conclusión. Aunque no les fue fácil, pues sólo encontraron astillas. Debió ser una explosión fortísima. Seguramente producida por una avería. Todavía están investigando el asunto… No recuerdo ninguna noticia más que pueda parecer importante. Murieron nueve hombres en total.

—De verdad lamentable… —musitó Brigitte—. Quizá mi jefe acepte que me dedique a eso. Lo intentaré. Es posible que alquile una lancha y me dé una vuelta por los kayos. Espero que haya tortugas.

—¿Tor… tugas?

—Tortugas gigantes. O enanas. Me gustan las tortugas.

—Pues hay algunas, claro… No son fáciles de encontrar, pero las hay, sí. Especialmente hacia Marquesas Keys y Dry Tortugas.

—Lo tendré en cuenta.

—Bien… No quiero molestarla más, señorita Montfort. Yo… le agradecería mucho que si tiene alguna noticia relacionada con James Luther me ponga en conocimiento de ella.

—Así lo haré. Buenas noches, sargento.

—Adiós…

Paul Everitt salió al pasillo agitando una mano y sonriendo. Esperó a que la puerta de la *suite* se cerrase y luego aún se quedó allí unos segundos, como fascinado. Por fin se preguntó a qué había ido allí, si ni siquiera había intentado sonsacar a aquella bellísima mujer. Bellísima, pero… por lo que pudiera ser iba a llamar aquella misma noche a Nueva York. Vaya que sí.

Una hora más tarde, Paul Everitt colgaba el teléfono de la oficina del *sheriff* de Flamingo y se volvía hacia él, captando en el acto su expectante mirada.

—¿Qué? —se interesó vivamente el *sheriff*.

—Demonios… —sonrió Everitt—. Esa chica tiene que ser alguien muy importante en Nueva York, Spencer.

—¿Sí? Bien… ¿Qué le han dicho?

—Me ha atendido directamente el jefe del *Police Department* de allá cuando he dicho que quería preguntar por la señorita Brigitte Montfort, sus posibles antecedentes, qué clase de persona es… ¿Qué me ha dicho? Pues que si quiero que él personalmente se ocupe de que me trasladen a Alaska, sólo tengo que volver a molestar a la señorita Montfort.

—¡Demonios!

—Eso pienso yo: ¡demonios! Así que por el momento, nos olvidaremos de ella… —Everitt quedó pensativo, sonriente, como quien está sumergido en dulcísimas sensaciones—. Sin embargo, cuando esto termine, si ella está aquí todavía, me gustaría visitarla por simple cortesía.

—¿Para qué?

—Usted no la ha visto, *sheriff*… Cuando la vea, ya no hará preguntas tan tontas como ésa.

Capítulo IV

Hacia las once de la mañana, la señorita Montfort pasó con su coche muy cerca del domicilio del fallecido James Luther, y sonrió amablemente cuando, destacando como un hipopótamo entre una colonia de hormigas, vio al hombre apostado muy cerca de allí en un coche, con un periódico en las manos. Naturalmente, la Policía debía vigilar la casa de una persona que había sido asesinada. Estaba previsto, sin embargo.

Continuó adelante y detuvo el coche tres manzanas más lejos, todavía en su mente la disposición del terreno que debía allanar: el 32 de Rainbow Terrace era una casita pequeña, muy pegada a otras que había a los lados. No era precisamente la zona elegante de Flamingo, pero parecía tranquila. Todas aquellas casitas tenían jardín delante y un trozo más pequeño detrás. Entrar por delante era exponerse a la mirada del policía del coche. Entrar por detrás no debía resultar fácil a nadie, ya que tendría que atravesar antes la zona posterior de otros tres jardines. Un ladrón profesional habría encontrado dificilísima aquella incursión.

Pero una espía profesional, y de la categoría de Baby, no podía ni siquiera detenerse a pensar en si era o no era difícil. Simplemente tenía que llegar a aquella casa. Si la atrapaban dentro, mala suerte. Diría que había entrado allí por si encontraba algo que pudiera ayudarla a saber qué noticia tenía James Luther para ella, y, como consecuencia peor, tendría una amable regañina por parte del simpático, joven y apuesto sargento de detectives Paul Everitt.

Sin embargo, tal como había esperado, no tuvo ningún contratiempo para llegar a la parte de atrás de la casa. Aquel barrio no parecía habitado por familias, sino por personas que vivían solas, o, a lo más, en parejas, y ambos, en este último caso, debían estar trabajando… De modo que quince minutos después de haber salido del coche, y con todas las precauciones adecuadas al caso,

llegaba a la parte de atrás de la casa donde había vivido James Luther. Abrir la puerta de atrás con una de sus ganzúas resultó poco menos que divertido.

Se encontró en la cocina, por supuesto. De allí pasó al *living*, empujando una puerta de vaivén. Aparte de ésta habían tres puertas más, correspondientes a dos dormitorios, al cuarto de baño y, por último, la de la casa, enfrente de la de la cocina. Las persianas de las dos ventanas frontales estaban cerradas a medias, de modo que entraba suficiente luz y, al mismo tiempo, nadie podría verla desde fuera. Se acercó a una de ellas y miró al exterior. Sonrió de nuevo al ver al policía en el coche. En seguida lo olvidó. Tenía cosas más importantes en que pensar.

Lo primero que había que tener en cuenta era que James Luther no había sido asesinado por motivos de baja estofa, esto es, robo, rencillas personales o cualquier motivo de tipo pandillero. Había sido «ejecutado» por algo relacionado con espionaje. Y como prueba evidentísima, estaba el hecho de que él hubiera escrito a la CIA, no a la Policía. Entonces, si aquel era un asunto netamente de espionaje, no cabía complicarse la vida buscando huellas de tipo policial, sino proceder, lisa y llanamente, como un espía.

Lo primero de todo era buscar micrófonos o cámaras ocultas. Eso le llevó quince minutos, hasta convencerse de que no había ninguna muestra de aquella clase de material en la casa. Invirtió diez minutos más en buscar una emisora, o una simple radio de bolsillo, o libreta de códigos de claves… Tampoco había nada de esto. Por último, hizo lo más efectivo de todo: ponerse en lugar de un espía que piensa vender una información, por la cual pide nada menos que un millón de dólares.

¿Bien?

Una información de ese precio no puede ser simplemente oral. Hay que respaldarla con algo: planos, nombres, microfotos… Pruebas aceptables, en definitiva.

Desechó inmediatamente la cocina, el baño y el dormitorio que estaba desocupado, sin señal alguna de que nadie lo hubiera estado ocupando. El *living* le mereció un interés del veinte por ciento, de modo que sólo le dedicó diez minutos más. El ochenta por ciento de interés restante lo dedicó al dormitorio que, evidentemente, había estado ocupando James Luther. Se colocó en el centro y miró a su

alrededor… Lo último que miró fue la lámpara, suspendida precisamente encima directamente de su cabeza. Alzó un brazo, pero no llegó a tocarla. Colocó allí una silla, se subió a ella y se quedó mirando más atentamente la lámpara, que constaba de dos piezas metálicas pintadas de rojo por el exterior y de blanco por el interior. Formaban como dos platos, bastante más grande el de arriba; el de abajo estaba sujeto a la bombilla, recogía la luz de ésta, la enviaba hacia la blancura interior del de encima y éste esparcía suavemente la luz por el dormitorio, al parecer.

Metió la mano dentro del plato que estaba sujeto a la bombilla… y se quedó inmóvil. Ciertamente, la Policía no buscaría nada allí. Pero sí un espía, y, en aquella ocasión, como en muchas otras, valía la pena ser espía.

Cuando Brigitte retiró la mano llevaba en ella un sobre blanco, cerrado, de contenido macizo, no muy abultado. Bajó de la silla, la llevó a su sitio, la limpió y se acercó a la ventana, abriendo un poco más la persiana. Rasgó el sobre y extrajo media docena de fotografías. Tan sólo con mirar la primera tuvo motivos suficientes para lanzar una incontenible exclamación: era el interior de una gran cueva natural, en cuyo centro, sobre una base metálica, sostenido por todo el andamiaje metálico necesario, se veía un proyectil. En la base metálica había algunos hombres, vestidos con «monos» oscuros, y, comparando su tamaño con el del proyectil, se podía calcular fácilmente el tamaño de éste. No era inferior a treinta o treinta y cinco pies de alto y su diámetro de unos siete u ocho pies.

Notó un frío estremecimiento en todo el cuerpo y unas finas gotitas de sudor helado aparecieron en su frente. Durante unos segundos, aterrada, estuvo contemplando la fotografía. No había letras, ni números, ni ninguna clase de marca en el enorme proyectil, pero por su forma y tamaño, por algunas de sus características, le recordó el tipo de proyectiles atómicos rusos.

Casi temblando sus manos, pasó a mirar la siguiente fotografía… Y de nuevo lanzó una exclamación. Estaba un tanto borrosa, pero podía distinguir lo que era. Otra cueva natural, al fondo de la cual había un gran panel de controles, con algunos hombres sentados ante ellos.

—Dios… Se han vuelto locos…

Pasó a la siguiente fotografía. Esta vez no tuvo sobresalto alguno. Es más, estuvo desconcertada un instante, hasta comprender que lo que se veía allí era el mar simplemente. La cuarta fotografía mostraba una vista, también aérea, de unos cuantos islotes… Kayos. Eran kayos. Y lo mismo mostraban la quinta y la sexta fotografía. En esta última, en cuatro lugares de la costa de uno de los kayos, se veían unos puntos oscuros en la playa. Los cuatro eran iguales y estaban colocados de tal modo que ocupaban las posiciones cardinales Norte, Sur, Este y Oeste de la isla o kayo.

Abrió el maletín, sacó los prismáticos y quitó una de las lentes de aumento. Con ella, y tras unos segundos de desconcierto, supo al fin qué eran aquellos cuatro pequeños puntos: tortugas.

Tortugas.

El canto de las tortugas.

¿Qué podían tener que ver unas tortugas con un proyectil de aquellas dimensiones? A menos… ¡Claro! Lo guardó todo precipitadamente en el maletín y regresó al *living*. Una mirada por entre los listones de la persiana la tranquilizó respecto a la posición del policía del coche: continuaba allí, fumando, mirando distraídamente hacia la casa. Pero esta vez la agente Baby no sonrió irónicamente. No tenía el menor deseo de sonreír de ninguna manera.

Fue a la cocina, salió a la pequeña zona de jardín trasero y estuvo unos segundos mirando a todos lados precavidamente. Luego, sin descuidar la cautela ni un instante, recorrió a la inversa el trayecto seguido para llegar hasta la casa.

Cinco minutos más tarde, tranquilamente, entraba en su auto, lo ponía en marcha y se alejaba de allí en dirección opuesta a donde estaba el policía en su coche, esto es, hacia la avenida de la playa. Lucía un hermoso sol y se veían gaviotas volando sobre el azul del mar, pero esto, que era el paisaje preferido de Brigitte, no le llamaba la atención esta vez. Iba sumida en sombríos pensamientos, si bien serenándose rápidamente. Convenía reflexionar, no precipitarse.

Calma y serenidad: ésa era la clave para conseguir un buen resultado para aquella situación. Aminoró considerablemente la marcha. Sí. Lo mejor era calmarse, razonar con su lucidez habitual.

Las palmeras de los lados de la avenida dejaron de ser simples formas que quedaban atrás rápidamente. Podía contemplarlas. La carretera discurría en una zona arenosa, con algunos pequeños chalets un poco más atrás del alargado grupo de palmeras que…

¡Plum!

El coche sufrió una sacudida, pareció caer un poco hacia la izquierda y la velocidad quedó aún más reducida. Un pinchazo en una rueda de atrás… No. Un reventón, sin duda. El coche se ladeaba peligrosamente, como si fuese a chocar contra alguna de las palmeras que había al lado de la carretera, más allá del arenoso arcén. Con toda calma, frenando muy suavemente, muy despacio, Brigitte dominó el coche lo mejor que pudo. Evitó el choque contra una palmera, pero quedó fuera de la carretera, de lado, con la mitad del coche, en diagonal, sobre la arena del arcén exterior.

Suspiró, paró el motor y se quedó mirando, con el ceño graciosamente fruncido, hacia el mar. Flamingo estaba allí mismo, a menos de media milla, y podía recorrer el resto del camino a pie. Ya enviaría a alguien a retirar el coche, porque tal como estaba ni siquiera podría cambiar la rueda. En fin… Paciencia. Además, como no hay mal que por bien no venga, caminando tendría más tiempo de reflexionar sobre lo que convenía hacer.

Cogió su maletín, salió del coche, cerró la portezuela con un golpe seco… y algo rebotó en el capó del vehículo, a su izquierda, muy cerca de su costado. Algo que produjo una súbita abolladura leve y una desconchadura de pintura. Algo que pareció subir hacia el cielo, vibrando sonoramente…

Con asombrosa velocidad de reflejos, Baby efectuó un salto, no hacia delante, como podía suponerse, sino hacia atrás, ya dando la vuelta, mientras por el sitio lógico donde cualquiera podía pensar que iba a estar un segundo después, algo pasaba produciendo un seco chasquido al perforar a gran velocidad las capas de aire. Se encontró en la parte de atrás del coche, se inclinó y saltó al otro lado. Quedó de rodillas, con el mar a su espalda, y protegida por el coche, que vibró de nuevo al recibir otro impacto, ahora hacia atrás. Brigitte se subió la faldita y despegó la pistola de su muslo, de un tirón, empuñándola inmediatamente, encogiéndose. A su izquierda, una nube de arena saltó, dorada, brillante, arrancada por otra bala. No se había oído nada. Un rifle silencioso. Se agachó más

y miró la rueda que había reventado. Naturalmente, ahora sabía que había sido debido a un balazo… Habían querido obligarla a salir del coche, para entonces poder matarla con toda comodidad.

Durante unos segundos permaneció inmóvil, intentando ver algo por debajo del coche. Luego se fue incorporando lentamente y pudo mirar a través de los cristales de las ventanillas hacia el otro lado de la carretera. Sólo vio palmeras.

Bien. Ella no tenía prisa en salir de allí. Que fuesen a buscarla… si se atrevían. Durante casi un minuto, la situación no varió. No hubo más disparos, ni nadie se dejó ver. Al cabo de ese minuto, un coche apareció en la carretera por la izquierda de Brigitte, acercándose a buena velocidad… Pero en seguida se vio que el conductor reducía la marcha y, segundos después, detenía el coche junto al de la espía, y salía precipitadamente, corriendo hacia la parte delantera del vehículo accidentado. Iba a mirar allí cuando, también a través de los cristales, la vio. El hombre lanzó una exclamación y se apresuró a rodear el coche, mientras Brigitte guardaba precipitadamente la pistolita en el maletín.

—¿Está bien? —Apareció el hombre por un lado del coche—. ¿Se ha lastimado, señorita?

—No… No es nada, gracias.

—Pues ha tenido suerte. Con un reventón así es fácil darse contra una palmera.

Brigitte sonrió…, y, al mismo tiempo, al otro lado, entre las palmeras, oía el motor de un coche, rugiendo fuertemente. Pero muy pronto aquel rumor se perdió a lo lejos…

—Conducía muy despacio —musitó la espía—. No ha sido nada.

—Menos mal… Bueno no va a ser fácil sacar el coche de aquí, pero podemos intentarlo.

—No, no, por favor, no se moleste. Avisaré a un taller para que vengan a recogerlo.

—Realmente, es lo mejor. Suba. La llevaré al centro de la ciudad, señorita.

—Se lo agradezco mucho, pero prefiero caminar un poco. Me he asustado bastante y espero que la brisa del mar me tranquilice.

—Oh, bueno… —sonrió el hombre—. Flamingo está cerca y creo que un paseo le sienta bien a cualquiera, en efecto. Pero insisto: si puedo llevarla o hacer algo por usted, dígamelo.

—Es usted muy amable, señor; pero de verdad: prefiero caminar.

—De acuerdo. Vaya, no es mi día de suerte, ¿eh? Me he perdido la más linda muchacha que pudiera encontrar haciendo *auto-stop*… Otra vez será.

—Otra vez será… —asintió ella, riendo—. No desespere.

El hombre también rió, saludó con la mano y regresó a su coche, para continuar inmediatamente su camino hacia el centro de Flamingo. La espía permaneció todavía no menos de diez minutos detrás del coche; pero alejándose hacia la playa, y mirando hacia las palmeras de enfrente, al otro lado de la carretera. Al cabo de esos diez minutos apareció un coche de la *Highway Patrol*, y los dos patrulleros se apearon, mirando a todos lados hasta ver a Brigitte, que se acercó. Poco después se alejaban, lamentando que la señorita prefiriese ir a pie y asegurando que ellos se iban a encargar de que pasasen a recoger el coche y que la avisarían del taller cuando estuviera reparado.

Sólo entonces estuvo convencida la espía de que ningún enemigo había quedado a pie detrás de las palmeras, recurriendo a la vieja treta de simular que se marchaban, pero dejando a alguien rifle en mano.

Cruzó la carretera, llegó a las palmeras y encontró en seguida el lugar donde había estado el coche, pues las ruedas de sus neumáticos habían dejado claras huellas en la arena. Siguió las rodadas durante un centenar de yardas, hasta que la tierra comenzó a ser más dura. Se veían mejor las marcas de los neumáticos, pero pocos pasos más allá la tierra era ya definitivamente dura y el rastro desaparecía.

Encogió los hombros y emprendió el regreso a pie hacia Flamingo. Ahora ya sabía lo que tenía que hacer, estaba decidido.

Capítulo V

—¿Hola? ¡Hola…! Sí, sí, con Nueva…

—¡…!

—¿Es usted, Miky? ¡Por fin!

—¡…!

—Cálmese, querido, cálmese… —Apaciguó amablemente la espía—. Le aseguro que estoy trabajando.

—¡Trabajando! —Se oyó el bufido de Grogan en el dormitorio de la *suite* de Brigitte.

—Que sí, que sí… De verdad, querido. Bueno, en estos momentos estoy tumbada en mi camita, viendo rayos de sol a través de la persiana de la terraza y algunas veloces gaviotas pasando… Pero me dedico a mi trabajo, se lo aseguro.

—¡…!

—Bien… Entiendo su impaciencia, desde luego.

Pero han surgido contratiempos muy serios: asesinaron a James Luther.

—¿…?

—A James Luther. ¿No recuerda? El caballero que me escribió al «Morning News» citándome aquí, en Flamingo, para venderme una noticia interesantísima por mil dólares. Precisamente estaba tío Charlie con nosotros cuando usted me entregó la carta… ¿Recuerda ahora? ¡Oh, vamos, no es posible que haya olvidado que me envió a Flamingo!

—¡…!

—Ajajá… Eso es. Pues bien; el señor James Luther no podrá darme esa interesante noticia que él valoró en mil dólares, porque lo asesinaron ayer de tres balazos. Esto me hace pensar que el asunto puede ser de verdad interesantísimo, Miky. De modo que, naturalmente a cuenta del periódico, he decidido quedarme en Flamingo unos días más, por si la Policía descubre algo y son tan

amables de informarme… ¿Cómo?

—¡…!

—Oh, sí… Le aseguro que aún no me he dedicado a tomar el sol, sino que trabajo mucho. Pero comprenda: enviarle un artículo en el que se hable de un asesinato, sin darle solución, y sin saber siquiera qué puede ser ese interesante asunto, no creo que complazca mucho a nuestros lectores…

—¿…?

—Pues no sé… Depende de la Policía. Lo mismo puedo estar aquí dos días que una semana. Pero le prometo llevarle algo que justificará los gastos… y mi ausencia.

—¿…?

—De veras: se lo prometo, querido. Ah… Otra cosa: parece que hace unos días explotó por aquí una lancha guardacostas, cerca de los pequeños kayos, y sólo quedaron astillas. No hubo supervivientes… Claro: de la *U. S. Coast Guard*, sí… Ya ve que son dos noticias que pueden interesar. Y, sobre todo, le querré muchísimo si me deja estar al sol unos cuantos días, Miky.

—¡Es usted adorable, Miky!

—Oh, sí… Hay aquí un sargento de detectives llamado Paul Everitt, que es muy amable y simpático. No dudo que si tiene alguna pista me la facilitará. Claro que también habrá otros periodistas, pero haré lo posible por adelantarme a ellos, como siempre. Soy caprichosa y exigente, pero ya sabe que siempre le llevo buenos artículos.

—Tampoco fallaré esta vez, se lo garantizo. Bien, creo que esto es todo. Estoy en el «Flamingo Lodge», por si tiene algún mensaje que enviarme. Una última cosa, Miky: dele mis saludos a tío Charlie, y dígale que me encantaría verlo por aquí. El clima es formidable.

—¿…?

—Sí, sí… Lo digo en serio: me gustaría ver a tío Charlie por aquí. Seguro que su malhumor cedería considerablemente. Oh, y también me gustaría que viniera primo Simón, pobrecillo… En realidad, me gustaría que todos estuvieran aquí. O, al menos, cuantos más, mejor. Los quiero tanto a todos… Aunque tuviese veinte primos como Simón, todos serían bien recibidos. En fin, Miky, eso es todo. No olvide mis saludos para tío Charlie. Adiós…

Adiós, querido, adiós…

Moviendo sólo el bracito, colocó el auricular en la horquilla. Luego quedó pensativa, tendida en la cama, contemplando el blanco techo. Quizá se arriesgaba demasiado, pero tenía que confiar en la inteligencia de Miky Grogan. Era un gruñón, ciertamente, pero en cuanto recapacitase un par de minutos comprendería a la perfección que ella no le había telefoneado únicamente a él, sino también a Charles Alan Pitzer. Y, por supuesto, le pasaría el mensaje inmediatamente. Una cosa era protestar siempre contra su informalidad en cumplir los compromisos periodísticos y otra cosa muy diferente era dejarla en la estacada. No… Miky Grogan jamás haría eso. Avisaría a Pitzer. Y si éste no comprendía el mensaje, lo mejor que podía hacer la CIA era jubilarlo.

Se sentó en la cama por fin y miró la cámara fotográfica, formidable, poderosa, con teleobjetivo, que había comprado en Flamingo cuando regresaba a pie al hotel. Tenía una carga de cuarenta fotos, pero no esperaba gastarlas todas. Sólo que si…

El timbrazo del teléfono la sobresaltó. Descolgó rápidamente el auricular.

—¿Sí? —musitó.

—¿…?

—Oh, sí, sí… Hemos terminado de hablar. Cargue el importe en mi cuenta, por supuesto. Por favor, ¿sería tan amable de decirle al conserje que me pida un taxi?

—¿…?

—No, no. Un coche alquilado, no. Un taxi simplemente.

—Gracias. Bajaré dentro de cinco minutos. Que me espere, si llega antes.

Se puso en pie, recogió su maletín de los pies de la cama y lo colocó en el sillón donde estaba la cámara fotográfica. Pura rutina, pero lo repasó, como siempre. Se sorprendió a sí misma actuando poco menos que como una autómata. ¿Cuántos años llevaba de espionaje? Había empezado haciendo pequeños trabajos para tío Charlie a los dieciséis, hasta que él consideró que estaba lista para vuelos de más altura. Y seguramente Charles Alan Pitzer jamás en su vida había «descubierto» una… *estrella* del espionaje que brillase tanto como ella. Desde los dieciséis hasta los…

—Santo Dios… —musitó—. ¡Catorce años!

Catorce años de espionaje empezaban a ser demasiados. Sabía ya tantas cosas, estaba tan segura de sí misma que cualquier día, en cualquier rincón, del modo más tonto, le clavarían un cuchillo en los riñones y allá terminaría todo. Así era como morían los mejores espías, en definitiva: de un modo tonto, inesperado, en una misión sencilla…

Ahuyentó tan sombríos pensamientos, cerró el maletín con un seco gesto y fue al armario. En menos de tres minutos, con una velocidad absolutamente sorprendente, se cambió de vestido. Falda un poco más larga, esto es, justo a la altura de las rodillas, un jersey de manga larga y un graciosísimo chaquetón azul marino, con botones color madreperla. Se puso unos zapatitos de medio tacón cuadrado, se miró al espejo interior del armario y se guiñó un ojo a sí misma. *Okay*.

Poco después aparecía en el vestíbulo, dirigiéndose directamente al mostrador de recepción. El conserje la informó de que, en efecto, tenía un taxi afuera esperándola. Y cuando se volvió para salir del hotel casi tropezó con aquel hombre alto, esbelto, que cuando sonrió pareció un estupendo, simpatiquísimo niño mimado.

—¡Oh! —exclamó Brigitte.

—Perdón… —sonrió él—. Creo que soy muy torpe, señorita Montfort.

Brigitte se quedó mirándolo con graciosa suspicacia.

—Sargento Everitt: ¿todavía soy sospechosa de asesinato?

—No, no —rió Paul Everitt.

—¿Pero me está vigilando?

—Bien… Quizá sí. Sólo que de un modo estrictamente… personal. Supe que había tenido un pequeño tropiezo con su auto y vine para ofrecerle mis servicios.

—¿Sus servicios?

—Parece que ha pedido usted un taxi. Despídalo. Yo la llevaré adonde quiera con mucho gusto. Y no sea desconfiada. En primer lugar, ya le dije que sólo verla a usted se comprende que jamás ha matado ni matará una mosca…

—¡Qué sagacidad!

—En segundo lugar, llamé a Nueva York…

—¡Lo hizo!

—Pues sí… Y recibí un jarro de agua fría. Me amenazaron con

deportarme a Siberia…, digo a Alaska, si volvía a molestarla. Así que, en tercer lugar, en vez de molestarla me pongo a su servicio.

—¿Está usted abandonando sus pesquisas sólo para… ponerse a mi servicio?

—No abandono nada. Pero creo que cualquiera merece un pequeño descanso de cuando en cuando. Me concedí un par de horas y me dije que no hay mejor descanso que variar de actividad. Pensé en hacer algo diferente a mi trabajo, algo… agradable, sencillo y alegre. Y me acordé de usted.

—¡Es usted encantador! —rió ella—. ¿Sabe de algún sitio donde pueda conseguir un helicóptero? Alquilado, quiero decir.

—Claro. Puedo llevarla a «Flamingo Prívate Base». Es un lugar amable y acogedor, donde alquilan aparatos de vuelo. Tiene incluso un dirigible, para dar vueltas a los turistas por encima de la ciudad, los kayos, Los Everglades…

—Me conformo con un helicóptero. Si me lleva allí aún me resultará usted más simpático.

—Le costará un poco caro. Los helicópteros…

—Oh, lo pilotaré yo misma.

—¿De veras? ¿Sabe gobernar un helicóptero?

—Bien… Digamos que… me las arreglaré como pueda. Espero volver.

Salieron riendo los dos del hotel. Delante había esmerando un taxi, con el chófer fumando apoyado en el morro del coche. Brigitte se acercó a él y le tendió un billete de diez dólares.

—Encontré un amigo y ya no necesito el taxi. ¿Me perdona?

El taxista, que casi había dejado caer el cigarrillo al ver a la sensacional criatura, ni siquiera miró el billete al contestar:

—Señorita, si ese amigo se le muere, avíseme. Yo dejo la gorra en casa, pinto el taxi de color granate y paso a recogerla siempre que quiera, con *smoking* y una orquídea.

Brigitte se echó a reír de buena gana. Sacó otro billete de diez dólares, lo unió al primero y colocó ambos en el bolsillo superior de la chaqueta del taxista.

—Para la orquídea… —dijo—. ¡Se lo ha ganado!

—Compraré la orquídea… —dijo el hombre, en éxtasis—. ¿Cuándo paso a buscarla?

—Le avisaré.

Riendo todavía, entró en el coche de Everitt, que la miró con expresión risueña, impresionado en verdad.

—Soy un tonto —dijo—: no debí llamar a Nueva York. ¿Para qué?

Capítulo VI

—Lo siento —Everitt sacó la cabeza por la ventanilla—: no hay helicópteros disponibles.

—Oh, vamos, Paul… —protestó Brigitte—. Usted representa a la ley. Tiene que conseguirme uno.

—Si hubiera uno solo disponible sería para usted. Tienen cuatro, pero están alquilados. A mediodía quedaban dos, pero se los llevaron. De verdad que lo siento.

—¿Y avionetas? ¿No les queda ninguna?

—¿Avionetas? ¿También sabe pilotar una avioneta?

—Más o menos. ¿Quiere ir a preguntar?

Everitt encogió los hombros y fue hacia el departamento de oficinas del pequeño aeródromo privado. Mientras él caminaba hacia allí, Brigitte miraba con curiosidad hacia otro lugar de la pista, donde estaba ni más ni menos que el «genial» señor Romano, el dueño de la tienda de artículos deportivos. Había llegado hacía dos o tres minutos en una camioneta que había detenido junto a un helicóptero pintado de azul y blanco, muy bonito, con aspecto de ser muy veloz. Había abierto una de las portezuelas y estaba cargando en el aparato unos paquetes que sacaba de la camioneta. Al parecer, no la había visto, lo cual no resultaba sorprendente, ya que ella no había salido del coche de Paul Everitt.

Visto a la luz del día, Romano parecía aún más grande, más ancho, más fuerte. Pero en el par de ocasiones que pudo ver su ojo de color blanco, como el de un pescado hervido, Brigitte se dijo que todo el relativo encanto de aquel hombre quedaba hecho pedazos. Lo de la cicatriz era más pasable. Había conocido a hombres que tenían cicatrices y que…

—No tenemos suerte. Ni siquiera queda una avioneta.

Volvió la cabeza hacia la otra ventanilla, donde otra vez había aparecido la cabeza de Everitt. Había en su rostro una profunda

consternación, una gran decepción muy claramente expresada.
—No importa —sonrió Brigitte—. Usted ha hecho lo que ha podido, Paul.
—¿Volvemos al hotel?
—No... No, no. Voy a quedarme aquí. Me parece que he encontrado la solución.
—¿Qué solución?
—No se preocupe... —Brigitte salió del coche, lo rodeó y tendió la mano al policía—. Hasta luego, Paul.
—Pero... ¡Bueno! ¿Acaso piensa quedarse aquí?
—No me pierda de vista... —rió ella—. Le apuesto lo que quiera a que dentro de unos minutos me ve volando en helicóptero. *Ciao*. Y gracias por todo.
Se alejó, directa adonde estaba Romano, colocando otro paquete en el interior del helicóptero blanco y azul. Lo vio sacudirse las manos, subir a la camioneta y alejarse hacia el estacionamiento. Luego, cuando ya ella estaba junto al helicóptero, lo vio regresar a pie, con aquel modo de caminar pesado, un tanto torpe. Al llegar junto a ella, Romano ya había dominado su sorpresa y sonreía amablemente.
—Señorita Montfort...
—¿Cómo sabe mi nombre, señor Romano? No creo habérselo mencionado a usted.
—Oh, bueno... La verdad es que cuando usted se fue estuve hablando con el encargado de... los muertos. Él me dijo su nombre y dónde se aloja. ¿Está a gusto en Flamingo?
—Bastante. Aunque siempre hay pequeñas contrariedades, señor Romano.
—Entiendo... ¿Puedo ayudarla en algo? Me gustaría, de veras.
—Puede hacerlo. Necesito un helicóptero y he venido aquí a alquilar uno, pero me dicen que todos han sido ya alquilados.
—Ah... Sí, comprendo... —Miró el helicóptero blanco y azul—. Bueno, con gusto le prestaría el mío, pero tengo que hacer algo en estos momentos... ¿Adónde tiene que ir usted?
—A ningún sitio determinado. Sólo quiero dar un paseo.
—¿Un paseo? Caramba... —sonrió—. Me gustaría acompañarla, pero me he comprometido a entregar a mi representante unos artículos para un cliente. Veamos... Son unas... ochenta millas ida y

vuelta… Puedo estar de regreso dentro de una hora o poco más. Si puede esperar hasta entonces…

—¿Adónde va usted?

—A los kayos. A Summerland Key, concretamente. Tengo allá un muchacho que se dedica a ofrecer artículos deportivos a los ocupantes de yates… —sonrió ampliamente—. Es un chico muy avispado, y a mí me gusta extender los negocios, porque…

—¿Tiene usted prisa?

—¿Prisa? No… Ninguna. He dejado la tienda a cargo de un empleado y le he dicho que seguramente me quedaría en Summerland Key esta noche. Claro que si necesita el…

—¿Le importaría, llevarme, señor Romano? Podemos ir a Summerland Key, dejar allí sus artículos deportivos y volver despacio, dando una vuelta por encima de los kayos. No sé si sabe también que soy periodista… Me he enterado de que hubo un accidente por esos lugares y quisiera tomar unas fotografías. Por supuesto, si la idea de dar un paseo en helicóptero conmigo le parece desagradable…

—Suba… —Casi rió Romano—. Y cuando ofrezca su compañía a un hombre, señorita, no diga esas cosas. Ya sé que no soy precisamente guapo, pero le aseguro que de tonto no tengo ni un pelo.

—Es usted muy amable, Naturalmente, si tengo que pagarle algo por el viaje…

—¡Oh, sí! Pongamos… cinco centavos. Señorita Montfort, míreme bien: ¿le parezco un hombre que guste a las mujeres?

—Pues… no. No, señor Romano.

—Perfecto. En cambio, usted me mira como si yo fuese un jovenzuelo normal y corriente y me habla con toda naturalidad. Si analizamos la situación de un modo razonable tendría que ser yo quien le pagase a usted por aceptar mi compañía. Se lo ruego: suba. Mi helicóptero es suyo.

—Muchas gracias.

Brigitte se volvió, saludó con una manita al turulato sargento de detectives Paul Everitt y luego subió al helicóptero, ágilmente, sentándose junto al lugar del conductor. Romano ocupó este sitio, dio el contacto y segundos después despegaban verticalmente. Tan sólo un minuto más tarde volaban rumbo Sur, con el mar bajo ellos,

verde y azul, transparente como un cristal.

Cuarenta minutos más tarde, el helicóptero se posaba en tierra, en las afueras de Summerland Key, a un lado de la carretera estatal 1, que finalizaba en Kay West, en el último kayo habitado. En seguida una vieja camioneta «Ford» apareció, poco menos que trotando, hacia ellos, dando saltos por el desigual terreno contiguo a la carretera. Romano saltó del helicóptero, y Brigitte hizo lo mismo por su lado. Cuando llegó la camioneta, Romano ya estaba descargando los paquetes. Un muchacho de poco más de veinte años, pelirrojo, con una cara de granuja que causaba asombro, se apeó del vehículo y se acercó, agitando las manos.

—¡Señor Romano! —gritó—. ¡Hace más de media hora que espero!

—Ayúdame… —le sonrió Romano—. Tengo que volver en seguida a Flamingo.

—*Okay*… Supongo que dejará toda la carga.

—Claro.

—¿Incluida esa muñeca? —señaló a Brigitte.

—Eres un sinvergüenza —refunfuñó Romano.

Brigitte se limitó a sonreír y se alejó unos pasos, encendiendo un cigarrillo. Durante el tiempo que duró el traslado de los paquetes que contenía el helicóptero a la camioneta, estuvo mirando hacia el mar. A veces pensaba que estaba obsesionada por el mar. Sin embargo, esto podía tener una cierta justificación biológica. Los mamíferos, según los hombres de Ciencia, descendemos de los habitantes del mar que hace muchísimos millones de año salieron de éste para ir adaptándose a la tierra. Desde luego, al parecer, no tenemos nada que ver con las aves, pero sí con los delfines, quizá. Esta era una divertida idea, y Brigitte sonrió, a solas, fijos sus maravillosos ojos en las aguas marinas, como hipnotizada. En definitiva, si se analizaba la vida detenidamente todo se reducía a una cuestión puramente animal: nacer, vivir y morir. Igual que los animales. Claro que los animales no podían disfrutar de la música, por ejemplo. Ni de la conversación inteligente o ingeniosa. Ni del concepto del bien y del mal. Ni de ciertas comodidades que el hombre se ha acondicionado. Aunque quizá no las echasen de menos. En el mar…

—¡Señorita Montfort! ¡Estamos listos!

Se volvió vivamente. Tiró el cigarrillo al suelo, lo apagó con la punta de un pie y regresó junto al helicóptero. El muchacho pelirrojo estaba aún allí, como clavado al suelo, mirándola atónito. Brigitte subió al helicóptero sin hacerle el menor caso, pero Romano tuvo que empujarlo, finalmente, sonriendo con buen humor.

—A lo tuyo, muchacho. Y apártate: no quisiera decapitarte con las aspas del helicóptero.

Cuando éste se alejaba, elevándose, el muchacho aún permanecía como clavado en el suelo. Con seguridad, la impresión le duraría, aunque en sentido decreciente, toda la vida.

Brigitte preparó de nuevo la cámara fotográfica. Había tomado algunas fotografías antes, pero solamente de los kayos que habían en la línea recta que habían descrito desde Flamingo a Summerland Key.

—Tendríamos que dar un par de vueltas, señor Romano.

—De acuerdo. Tengo suficiente combustible.

—Magnífico. Y, por favor, vuele bastante bajo. Primero por el límite de los kayos que cierran Bahía Honda. Luego pasaremos por encima del grupo de islotes.

—Muy bien.

Veinte minutos más tarde, Brigitte, asomada en todo momento a la ventanilla del helicóptero, había tomado una docena de fotografías más, siempre dando indicaciones a Romano respecto a la altura que debía tomar. Empezaba a impacientarse cuando, de pronto, a simple vista, vio la primera tortuga en un pequeño kayo.

—¡Hacia allí! —señaló.

Romano desvió inmediatamente la marcha del helicóptero, y, cuando pasaban por encima del islote, Brigitte tomó rápidamente la primera fotografía, encuadrando a la tortuga. Casi en seguida vio la segunda, señaló aquella dirección y, cuando pasaron por encima, tomó otra foto.

—Suba un poco más, señor Romano. Y procure colocarse en el centro del islote.

De nuevo siguió exactamente sus indicaciones Romano. Desde una altura superior, Brigitte pudo ver entonces las cuatro tortugas a la vez, señalando, efectivamente, los cuatro puntos cardinales de la isla. Es decir, que cuando disparó una nueva foto prácticamente obtuvo idéntico enfoque que el que mostraba una de las fotografías

encontradas en el domicilio del asesinado James Luther. Todavía hizo subir más a Romano, de modo que tomó dos fotografías más, abarcando el islote de las tortugas y algunos de los cercanos. Una fotografía mejor que la de James Luther, que luego, con un gran mapa de los kayos, le serviría para localizar el de las tortugas.

Estaba tomando otra fotografía, cuando alzó vivamente la cabeza, mirando hacia su izquierda. Efectivamente, su oído no la había engañado: un nuevo helicóptero aparecía en escena. Y casi en seguida, al mirar hacia la derecha, vio el otro. Miró a Romano, que parecía desconcertado.

—Tenemos compañía —sonrió secamente Brigitte.

—Pero… ¿de dónde han salido? No los había visto antes. Debían estar en algún kayo…

—Evidentemente. ¿Es muy veloz su helicóptero en un caso de necesidad, señor Romano?

—Bueno… No sé. Me parece que no demasiado. ¿Por qué?

—Porque convendría escapar de aquí a la máxima velocidad… Rumbo a Flamingo a toda prisa, por favor.

Romano aumentó la velocidad de su aparato todo cuanto pudo, pero pronto se vio que los otros dos eran más veloces. Uno de ellos permaneció a cola, pero el otro los alcanzó muy pronto, colocándose a la altura de ellos, a menos de cincuenta pies a su derecha. La puerta corrediza estaba abierta, y en ella apareció claramente visible un hombre, que agitó un rifle con la mano derecha, mientras la izquierda, cerrada, señalaba con el pulgar hacia abajo.

—¿Qué dice? —exclamó Romano—. ¿Qué quiere ese hombre?

—Que aterricemos —sonrió Brigitte.

—¿Cómo?

—Quiere que bajemos. Si no lo hacemos van a dispararnos con el rifle y nos tirarán al mar.

—¿Están locos? ¿Qué se proponen? —se excitó Romano.

—No estoy segura. Pero sí estoy segura de que no vamos a obedecerles. Siga hacia Flamingo, señor Romano.

—Pe-pero si nos disparan… Sería mejor obedecerles y escuchar lo que tengan que decir…

—Siga adelante. Y será mejor para ellos que no nos ataquen. Para su bien, convendría que todo fuese una broma. ¡Siga a toda la

velocidad posible!

—¡Nos han alcanzado ya, son más rápidos…!

—¡Siga!

Romano se pasó la lengua por los labios y dedicó toda su atención a los mandos. Mientras tanto, Brigitte abrió su maletín y sacó el trípode especial de patas de aluminio. Separó las tres y luego comenzó a unir dos de ellas, enroscándolas, casi sin mirar lo que hacía, prefiriendo no perder de vista al helicóptero que volaba junto al de Romano. Vio al hombre echarse el rifle al hombro, apuntar hacia ellos…

—¡Baje! ¡Hágalo en seguida!

Más debido al sobresalto que a su pericia, Romano dejó el aparato se descolgase unas cuantas yardas, de pronto. El hombre había apretado el gatillo de su rifle, y Brigitte vio el lívido fogonazo dentro del otro helicóptero. El de la cola se iba acercando rápidamente…

—¡Nos están disparando! —Gritó Romano—. ¡Será mejor que les obedezcamos!

La segunda bala disparada por el tirador del otro helicóptero dio en la cola del de Romano, que vibró un instante.

—¡Voy a bajar! ¡Esto es una locura!

—Si se deja atrapar, señor Romano, jamás volverá a Flamingo.

—¡Es absurdo! ¡Esos hombres deben estar confundidos!, o…

—El helicóptero volvió a vibrar, al recibir ahora el balazo hacia el centro del fuselaje, muy cerca de la ventanilla de Brigitte, que en aquel momento, ya montado su fusil especial, introducía por la boca una pequeña esfera metálica. Sin hacer el menor caso a Romano, que iniciaba el descenso, se volvió hacia el helicóptero más cercano, adoptando una postura cómoda. Se echó el fusil de tubos al hombro, y cuando estaba apuntando, vio al hombre del otro aparato haciendo lo mismo, dispuesto a disparar de nuevo…

¡Ffuuummm!

La esfera metálica fue disparada antes. Y al instante, el otro helicóptero estalló, envuelto en llamas, enviando una intensa oleada de calor hacia el de Romano, que debido a la onda expansiva bandeó peligrosamente, desplazado con violencia no menos de tres o cuatro pies. Un montón de hierros envueltos en fuego caía vertiginosamente hacia el mar; se veía la cola del otro helicóptero

incendiada, describiendo bonitos círculos en el aire… Brigitte miró a Romano, que estaba demudado, desorbitados los ojos, agarrado a los mandos como si le fuera en ello la vida. Cosa que se aproximaba a la verdad, ciertamente.

—Gire —dijo con voz apacible la espía.

—Di… Dios… mío…

—¡Gire! ¡El otro va a atacarnos por la espalda! ¡Gire! ¡Y cuando esté de cara a ellos, déjese caer otra vez unas cuantas yardas! ¡Hágalo!

Mientras gritaba sus órdenes, Brigitte introdujo otra esfera metálica por el tubo de aluminio. El helicóptero volvió a «descolgarse» bruscamente diez o doce pies, al mismo tiempo que giraba. Se oyó el crujido de los dientes de Romano, y Brigitte estuvo a punto de dejar escapar su fusil. Lo sujetó con fuerza, y volvió a sacar el tubo por la ventanilla, girando la cintura en dificilísima postura, para apuntar al otro helicóptero, que evolucionaba para colocarse encima, de modo que se apartó de la línea de tiro de la superespía.

—¡Suba! —ordenó ella—. ¡De prisa, suba…!

Una vez más obedeció Romano. Pero cuando alcanzaba la altura conveniente para volver a disparar, el otro helicóptero, aún a más altura, se alejaba velozmente, regresando hacia los kayos, hacia su escondrijo entre las palmeras… Brigitte bajó el fusil, frunció el ceño y volvió la cabeza hacia Romano.

—Es todo —susurró—. Regresemos a Flamingo. El paseo por los kayos ha terminado, señor Romano.

—Por Dios Santo… ¡Ha sido horrible! ¡Ha matado usted por lo menos a dos hombres! ¡Y quizá había más en ese helicóptero…!

—Quizá —admitió Brigitte.

—Peor aún… Eso es espantoso… ¡Habrá que avisar a la Policía, y decirles…!

—No avisaremos a nadie, ni diremos nada de nada.

—Señorita Montfort, conmigo no cuente para cosas que…

—Se está equivocando, señor Romano. No soy una asesina… en el sentido exacto de la palabra. Soy una agente de la CIA

—¿Qué… qué…?

—Oh, vamos, por favor, tranquilícese. Todo ha terminado. Lamento haberle hecho correr este peligro, pero le aseguro que no

tenía ni idea de que iban a atacarnos.

—Pero es que no entiendo esto… Usted…

—Mire, señor Romano, ya le he dicho que soy agente de la CIA Confórmese con eso, y mantenga la boca cerrada. Es todo lo que le pido. En el momento oportuno, la CIA le dará explicaciones o, por lo menos, aclaraciones sobre lo que está sucediendo. Se le exigirá discreción, se le tranquilizará respecto a mi… legalidad, y deberá olvidarlo todo. ¿De acuerdo?

—Usted se está… burlando de mí…

—Por supuesto que no. Dígame una cosa: ¿qué clase de actividades realizaba su empleado James Luther?

—¿Él? Bueno… Vendía artículos deportivos en la tienda, claro… No sé. Hacía recados, llevaba paquetes a…

—¿Al sitio donde ha llevado usted hoy unos cuantos, a Summerland Key?

—Pues… sí. Sí. Allí y a otros sitios…

—¿Le prestaba usted el helicóptero?

—Claro. Lo usó en muchas ocasiones.

—Pues durante una de esas ocasiones, James Luther tomó fotografías prácticamente idénticas a las que he tomado yo hoy.

—¿Por qué? ¿Para qué?

—Creo que para señalarme el lugar donde está emplazado… cierto artefacto muy peligroso. Aparte de eso, fotografió también el artefacto y otras cosas. En definitiva, señor Romano, su empleado James Luther consiguió una serie de fotografías que van a llevarme adonde está ese artefacto. Y por eso lo mataron.

—¿Está diciéndome que… que James era un espía?

—Exactamente.

—¡Usted no sabe lo que dice!

—Lo sé perfectamente. Pero, desde luego, no era de la CIA James Luther formaba parte del grupo que está preparando el… artefacto. Finalmente, se asustó, quizá. O bien decidió ganar por su cuenta un millón de dólares…

—¿Un mi… un millón…?

—Sí, señor Romano.

—Pero es imposible, no puede ser…

—Le aseguró que es. Desde luego, para obtener aquellas fotografías, Luther tenía que pertenecer al grupo. De otro modo, no

creo que hubiese podido entrar en la cueva donde está el artefacto.

—¿De qué artefacto está hablando?

—Es mejor que lo ignore.

—Bien… Francamente, señorita Montfort, no sé qué pensar. Usted es una persona que inspira confianza, pero… creo que mi deber sería poner a la Policía al corriente de lo sucedido ahora.

—Hágalo —dijo fríamente Brigitte—. Haga eso, señor Romano, y que la Policía se movilice, empezando a meter sus narizotas por todas partes. Haga eso, y el artefacto será lanzado antes de hora; lo cual sería una auténtica catástrofe. No hay que alarmar a nadie. Y menos que a nadie, al grupo que tiene el artefacto. Ya están bastante inquietos por mi presencia en Flamingo, y eso me tiene muy preocupada. Si llegan a asustarse, todo estará perdido. Y mucho me temo que empiezan a asustarse. Esta mañana quisieron matarme, y fracasaron. Ahora han pretendido lo mismo, y también han fracasado. Mientras tanto, es lógico que yo vaya sabiendo cosas, y les he demostrado que estoy en la buena pista al venir a fotografiar los kayos… Algo tendré que hacer, y pronto. Muy, muy pronto… Ellos temían que James Luther hubiese dejado alguna pista en su casa, y seguramente, después de matarlo, estuvieron allí antes de que fuese descubierto el cadáver y la Policía se presentase en el domicilio de Luther. Pero los asesinos de Luther, al parecer, no supieron encontrar las fotografías. Luego, llegué yo preguntando por él y se dedicaron a vigilarme. Seguramente debí asombrarlos por la facilidad con que entré y salí de la casa de Luther, pese a la vigilancia de la Policía. Pero lo que les interesaba era lo que yo hubiera podido recoger allí, quizá orientada por el mensaje recibido de Luther. De modo que quisieron matarme, para quitarme lo que pudiera significar una pista para alguien. En mi caso, para la CIA… Luego, han seguido vigilándome y, por fin, hace unos minutos, han intentado de nuevo matarme. Pero antes querían que aterrizásemos para interrogarme, enterarse de lo que yo sabía y, si era posible, quitarme esos datos… ¿Comprende?

—Creo que sí… Pero no estoy muy seguro.

—Yo sí estoy segura de lo que estoy diciendo…, aunque aún no he oído el canto de las tortugas.

—¿El qué? —exclamó Romano.

—El canto de las tortugas —sonrió secamente la divina—. La

verdad es que empiezo a comprender muchas cosas. Incluso la explosión de la lancha guardacostas, me parece.

—Ahora sí que no entiendo nada…

—No importa. Yo sí lo entiendo. Eso creo, al menos. Desde luego, lo que comprendo perfectamente es que hay que obrar sin pérdida de tiempo… No puedo esperar a tío Charlie, ni a mis Simones… ¡No hay tiempo! Los he alarmado, quizá adelanten la cuenta atrás…

—¡La cuenta atrás! Usted habla como si se tratase de lanzar un… un cohete espacial… Brigitte lo miró, pero no contestó. Permaneció pensativa durante unos minutos, contemplando al mar azul, transparente, lleno de sol. Todavía quedaban no menos de dos horas de sol, de modo que podía intentarlo. *Debía* intentarlo.

—Me voy a convertir en cliente suya, señor Romano —dijo de pronto—. ¿Vende usted lanchas?

—No… Son demasiado grandes. Pero puedo gestionarle la adquisición de una en el embarcadero. Si le bastase un bote hinchable…

—¿Con motor fuera borda? —exclamó Brigitte.

—Claro.

—¡Magnífico! Me servirá. Ponga también un par de canaletes muy sólidos… Necesito eso, y un equipo completo para inmersiones: traje de goma, tubos de aire, cinturón, fusil y arpones sueltos… Usted sabe muy bien lo que es un equipo completo.

—Desde luego.

—Máxima discreción, señor Romano. Nadie debe saber nada de esto. ¿Cuento con ello?

El hombre vaciló visiblemente, pero, al fin, movió la cabeza en sentido afirmativo.

—Debo estar loco… —susurró—. De acuerdo.

—Le diré lo que vamos a hacer. Cuando lleguemos a «Flamingo Air Base», usted me llevará en una camioneta al hotel. Yo tengo que hacer algunas cosas allí. Mientras tanto, usted irá a su tienda y pondrá en la camioneta todo el material que necesito. Entonces, pasará a recogerme al hotel. ¿Bien?

—Bien. Pero insisto: debo estar loco.

—Yo también —sonrió Brigitte.

Capítulo VII

Llegaban a «Flamingo Air Base» veinte minutos más tarde. La espía quedó en el helicóptero, mirando desconfiadamente a todos lados, mientras Romano iba en busca de la camioneta al estacionamiento. Cuando lo vio regresar, Brigitte saltó a tierra y pasó rápidamente a la camioneta. Sabía que en cualquier momento, desde cualquier lugar, podían disparar nuevamente contra ella. O la mataban, o aceleraban el lanzamiento del proyectil atómico. Y quizá no les convenía adelantar ese momento. Por tanto, matarla era muy conveniente.

Diez minutos más tarde, sin haber tenido el menor tropiezo, Romano detenía el coche a la entrada de «Flamingo Lodge»; pero Brigitte le hizo señas de que siguiera, y segundos después el vehículo se detenía nuevamente en el estacionamiento. Todavía, antes de apearse, Brigitte miró a todos lados. Por último, se aseguró de que su pistolita estaba bien sujeta al muslo, y miró a Romano.

—¿Cuánto calcula que tardará? —musitó.

—Pongamos… media hora.

—Bien. Procuraré estar lista para entonces. No olvide nada, señor Romano.

—Quede tranquila.

Brigitte se apeó y esperó a que Romano maniobrase. Cuando lo vio salir del recinto del «Flamingo Lodge», miró hacia el edificio y comenzó a caminar hacia allí, el maletín en la mano izquierda, la derecha dispuesta a empuñar la pistolita en menos de un segundo por si…

Se quedó clavada en el suelo, de pronto. Fue talmente como si todas sus funciones vitales hubieran quedado en suspenso. Inmediatamente, con toda tranquilidad y naturalidad, abrió el maletín, sacó un cigarrillo y lo encendió, con la mirada fija en el suelo…, allá donde se veían las rodadas de unos neumáticos.

Naturalmente, había muchas rodadas, pero aquéllas, recientes, pasaban por encima de las demás, de modo que se veía claramente en el suelo el dibujo de los neumáticos. El mismo dibujo que había dejado entre las palmeras el coche que había huido después de que ella fue agredida a balazos con un rifle silencioso.

Impávida en apariencia, la señorita Montfort acabó de encender el cigarrillo, guardó el encendedor y se volvió, como al descuido, mirando hacia el mar, hacia las gaviotas, al parecer. Pero lo que hizo fue seguir las rodadas del coche, hasta ver el vehículo estacionado junto a otros. No había nadie en el coche.

Reanudó la marcha hacia el hotel. Entró, cruzó el vestíbulo y se acercó a la conserjería, sonriendo.

—¿Algún recado para mí? —preguntó.

—Sí, señorita Montfort: un telefonema, de Nueva York.

El conserje le entregó un papel, y Brigitte leyó rápidamente el recado escrito en él:

> *«Tus primos y yo te visitaremos en Flamingo cualquier día de éstos. Sé buena chica y no quieras divertirte demasiado sin nosotros. Besos,*
>
> Tío Charlie».

—Gracias —sonrió Brigitte, señalando su llave.

Se dirigió a las escaleras, emprendiendo la ascensión hacia el segundo y último piso. Cuando llegó a éste, se quedó mirando a la puerta de su *suite*, sonriendo fríamente. Fue hasta allí, dejó el maletín en el suelo y metió la mano derecha bajo la falda, retirando la pistolita del muslo. Luego, con la izquierda, abrió la puerta, empujó y entró, taconeando sonoramente, tarareando una canción. Cerró la puerta, sin volverse, fija su mirada en la única puerta abierta dentro de la *suite*, que era la del dormitorio que utilizaba. Caminó hacia el sofá, decididamente, de modo que tenía que volver la espalda hacia el dormitorio… Pero no la cabeza, ni la mano armada.

De pronto, apareció el primer hombre, que se irguió, sobresaltado, al darse cuenta de que no había engañado a la espía, y que ésta los esperaba, pistola en mano. Pero, en realidad, Baby se sorprendió todavía más al ver al hombre con la cara cubierta por

una mascarilla antigás. Fue tal la sorpresa, que sólo pudo reaccionar cuando el hombre alzó la mano derecha, en la cual brilló algo pequeño, de cristal…

¡Plof!

La bala disparada por Brigitte, un tanto a destiempo, dio de lleno en la frente del enmascarado sujeto, que efectuó un grotesco salto hacia atrás, muerto instantáneamente. La pequeña bola de cristal salió despedida hacia el techo, casi lo tocó, e inició el descenso hacia el suelo, mientras en la puerta del dormitorio aparecía impulsivamente otro hombre, también en su rostro una máscara antigás.

¡Plof!

El hombre saltó hacia atrás, sobresaltado, tropezó y comenzó a caer…, mientras la bolita de cristal caía en el centro del *living*, con delicado crujido, y Brigitte corría hacía la puerta. La abrió de un tirón, salió al pasillo, y cerró rápidamente, alejándose de allí, hacia el ventanal del fondo del pasillo. Quedó apoyada allí, mirando hacia la puerta, ocultando la pistolita con la mano izquierda. Sentía un ligero vahído, y la cabeza le daba vueltas… Pero pronto cesó todo; había escapado a tiempo de los efectos del gas.

Todavía estaba recuperándose de los leves efectos del gas, cuando oyó abajo, hacia el estacionamiento, el rugido de un motor de automóvil. Se volvió vivamente, y sólo tres segundos después el coche, que dejaba aquellas rodadas que ella conocía, pasó por debajo del ventanal, con un hombre al volante. Fue todo lo que pudo ver. Adelantó la mano armada y a punto estuvo de apretar el gatillo, disparando contra aquel blanco tan fácil para ella. Pero la retiró rápidamente y ocupó su posición anterior en el pasillo.

Un minuto más tarde, estaba de nuevo ante la puerta de su *suite*. Recogió el maletín, sacó de él lo que parecía un apósito corriente para proteger rasguños de cierta importancia y se lo colocó ante la boca, sujetándolo también contra la nariz por medio de dos trocitos de tira de esparadrapo color rosa, que arrancó del rollo. Abrió, empuñó de nuevo la pistola y entró, saltando hacia un lado y cerrando la puerta de golpe.

No ocurrió nada. Miró un instante los pequeños pedacitos de cristal esparcidos por el suelo en el centro del *living*, y luego los pies del hombre muerto, caído de espaldas en su habitación. A

medida que se fue acercando, iba viendo el cuerpo del hombre. Y, sobre todo, miraba sus manos, en las cuales no había arma alguna. Fue a la ventana, que había sido cerrada, y la abrió de par en par, dejando libre el camino hacia la terraza. Volvió al *living*, vio abierta la puerta del otro dormitorio, el que daba a la otra parte del edificio, y se acercó, sin abandonar completamente sus precauciones. La puerta-ventana que daba a aquella terraza estaba abierta y desde allí vio la cuerda gruesa, de *nylon* blanco, atada a la barandilla.

Decepcionada por la fuga de aquel hombre, pero, por otra parte, tranquila y ya convencida de que era el que había escapado en el coche, Brigitte entró en el dormitorio. Antes de salir a la terraza, se quitó la mascarilla. Luego desató la cuerda, que llegaba sobradamente hasta el suelo, y tiró de ella, recuperándola. La arrojó sobre el lecho de aquel dormitorio y fue al otro. Ya no quedaba ni rastro de gas, de modo que no debía temer sus efectos.

Le quitó la máscara antigás al hombre, y se quedó mirándolo con indiferencia. No le conocía. Lo registró, pero no encontró documentación alguna. Ciento y pico de dólares, cigarrillos, un estuche de cerillas, llaves… Lo corriente. Y una pistola con silenciador.

Quedó pensativa, arrodillada junto al cadáver. No comprendía bien la situación. Habían intentado matarla dos veces. Primero, en Flamingo. Luego, en el helicóptero, volando sobre los kayos, cuando se negó a entregarse tomando tierra con el helicóptero. Dos intentos para matarla. Y el tercero evidentemente, sólo habían querido dormirla. ¿Por qué?

Formuló mentalmente su propia teoría, que, como siempre, debía acercarse mucho a la verdad: habían querido dormirla, y luego, ya de noche, descolgarla con la cuerda por la terraza del otro dormitorio meterla en el coche y llevársela a… ¿Adónde? ¿Al kayo de las tortugas cantoras? Pero si la querían viva…, ¿por qué primero habían intentado matarla por dos veces? También para aquello encontró su mente agilísima una respuesta razonable: primero, cuando salió de la casa de James Luther, habían querido matarla, en efecto, para quitarle lo que hubiera encontrado allí. Pero en el helicóptero, y en su *suite,* habían querido atraparla viva para interrogarla, para saber hasta qué punto había informado ella

a la CIA de lo que hubiera podido informarla a ella el asesinado James Luther…

Muy bien. Eran teorías tan sólo.

Encogió los hombros y miró a su alrededor. Lamentándolo mucho, tendría que esconder el cadáver del hombre en el armario. Vulgar y muy incómodo, pero sería por poco tiempo… Dos minutos después el cadáver estaba en el fondo del armario, doblado trágicamente, encogido. Baby recogió los pedacitos de cristal de la ampolla de gas que le habían lanzado, los dejó caer dentro de la máscara antigás y dejó ésta sobre el cadáver. Luego, en presencia de éste, volvió a cambiarse de ropas. Recurrió a su indumentaria negra, que la cubría de pies a cabeza, ciñéndole todo el cuerpo; con rápidos tirones, subió la parte de malla que cubría sus piernas, hasta dejarla a la altura de la mitad de los muslos. Cuando se puso una falda y un bonito jersey rojo, de cuello alto y manga larga, nadie habría podido adivinar que debajo llevaba aquella malla negra. Se puso unos zapatos corrientes, dirigió una última mirada al cadáver y encogió los hombros.

Poco después, sentada ante el buró del *living*, escribía una carta para su tío Charlie:

> *«Querido tío Charlie:*
>
> *No tengo tiempo ni humor para escribirle en clave, así que vayamos directos al asunto. Lo del proyectil atómico es cierto. Como ya le habrá dicho Grogan, asesinaron a James Luther, pero encontró en la casa de éste unas fotografías muy reveladoras, que le adjunto. Observe el kayo donde se ven cuatro puntos oscuros: son tortugas. Yo también he tomado fotos de ese kayo y otros, y le adjunto, asimismo, el filme en cuestión; no vale la pena revelarlo. Me inclino a creer que el kayo de las tortugas tiene grandes cuevas, en una de las cuales, como puede ver en las fotografías de Luther, está el proyectil y los dispositivos de lanzamiento. Ignoro cuándo piensan realizarlo, de modo que me veo obligada a intervenir directamente, sin pérdida de tiempo. Con el sobre que contiene esta carta voy a dejarle un plano en el cual señalaré con toda exactitud el kayo donde, según supongo, está el proyectil. Le sugiero que avise a los Guardacostas, que reúna la mayor*

cantidad posible de personal, pero, sobre todo, antes de intentar nada, llámeme por la radio de bolsillo. *Si no contesto, insista cuando esté más cerca del kayo de las tortugas. Tío Charlie: si usted y mis Simones se precipitan, si dan un solo paso en falso, ese proyectil quizá sea disparado en cualquier momento. Piénselo bien antes de tomar una decisión.*

Si precisase un helicóptero con urgencia o quisiera llegar directamente, sin complicaciones, al kayo de las tortugas, vaya a la tienda de artículos deportivos llamada "Romano's". Es el nombre de su propietario que, incidentalmente, se ha visto mezclado en el asunto y dentro de sus posibilidades está colaborando conmigo, aun sin haber sido demasiado explícito con él. Es un hombre que tiene una cicatriz y un ojo blanco, como el de un pescado hervido. Opino que, dadas las circunstancias, un par de Simones deberían dedicarse a proteger su vida, pues ha sido visto conmigo.

Lamento no poder esperarlos para divertirnos juntos. Como en otras ocasiones, la diversión será para mí sólita. Hasta la vista, si Dios quiere, les envía muchos besos a todos,

Brigitte

P. D. En el armario de mi dormitorio le dejo un regalito. Más besos. Millones de besos».

Metió en el sobre todo lo mencionado, le cerró, escribió el nombre de Charles Alan Pitzer en él y, cuando se dirigía hacia el teléfono, éste emitió el primer timbrazo. No llegó a emitir el segundo.

—¿Sí?

—Oh, sí… Dígale que bajo en seguida. Estoy ahí en un minuto. Mmm… ¿Podría conseguirme usted un plano detallado de los kayos? Lo más detallado posible.

—Espléndido. Bajo en seguida.

Colgó el auricular, recogió el maletín, echó un vistazo alrededor y suspiró profundamente.

—*Ciao*… —musitó—. *Ciao* a todos, queridos.

Exactamente un minuto más tarde aparecía en el vestíbulo. Romano lo estaba esperando en el mostrador del conserje y ella le

sonrió, haciéndole un gesto para que esperase.

—¿Tiene el plano?

—Sí, sí… —Le entregó uno el conserje—. Siempre tenemos varios, porque algunos pescadores lo piden. Espero que le sea útil, señorita Montfort.

Brigitte lo desplegó, y asintió con la cabeza apenas mirarlo. Tomó un bolígrafo del mostrador y tras estudiar la disposición de los diversos kayos, trazó una gruesa línea, cuya punta en forma de flecha apuntó a uno de ellos. Entregó el plano y el sobre al conserje.

—Mi tío Charlie, que es muy bromista, llegará de un momento a otro. Cuando él dice «uno de estos días», es porque se ha puesto en camino. Vendrá, preguntará por mí y usted le entregará la carta y el plano. ¿De acuerdo?

—Descuide, señorita Montfort.

—Muchas gracias. Y… hasta luego.

Se reunió con Romano, salieron del hotel y poco después se alejaban en la camioneta, en cuya parte posterior se veía el pedido de Brigitte.

—¿Está todo, señor Romano?

—Sí. ¿Vamos al embarcadero de…?

—No, no. Vamos a una playa solitaria. A ser posible, que haya rocas, o un lugar adecuado para ponerme el equipo.

Una hora más tarde, ya casi de noche, la agente Baby, entre unas rocas, acababa de colocarse todo el equipo a su satisfacción, ayudada por el silencioso Romano, que estaba profundamente impresionado, sin duda. Junto a las rocas, ya hinchado por la válvula automática, esperaba el pequeño bote hinchable con motor fuera borda acoplado y dos canaletes en el fondo.

—Terminado —dijo Brigitte—. Adiós, señor Romano.

—¿Sabe una cosa? —musitó éste—. Empiezo a creer que todo lo que me contó usted es cierto. Al principio me pareció una loca, pero…

—En eso no anda descaminado, señor Romano —sonrió Baby—: yo también pienso que soy una loca. O por lo menos que lo que voy a intentar es una completa locura. Sin embargo, tengo que hacerlo. Ahora, escúcheme bien: regrese directamente a su tienda, enciérrese dentro y no abra a nadie que no diga llamarse tío Charlie o Simón…

—¿Quiénes son?

—Compañeros míos, que le protegerán adecuadamente. Mientras tanto, insisto: permanezca encerrado en su tienda. Y no estaría de más que cargase hasta la boca una de esas escopetas para cazar patos que usted vende. Si quien insistiese en entrar en su tienda no se llamase como le he dicho, dispare sin temor.

Romano tragó saliva lentamente.

—Lo tendré en cuenta —musitó.

—Respecto a la factura de todo esto, pase lo que pase, la CIA se la abonará, se lo garantizo —sonrió Brigitte—. Adiós.

Tendió su manita a Romano. Luego, entre los dos, metieron el bote en el agua; Brigitte saltó a él, puso en marcha el motor y se alejó, adquiriendo en seguida la máxima velocidad que alcanzaba el pequeño motor fuera borda.

Capítulo VIII

Sin embargo, llegó muy lentamente al kayo de las tortugas, desplazando el bote a golpe de remo, muy suavemente, evitando el menor ruido. Cada vez que hundía una de las palas en el agua apoyaba el torso hacia ese lado y movía los dos brazos sin despegarlos del pecho. Era un sistema de remar lento y cansado…, pero muy seguro. Al menos, muchísimo más seguro que si hubiera llegado al islote a toda velocidad del motor fuera borda.

Para cuando, finalmente, tras el último impulso con uno de los pequeños remos, utilizó este mismo para detener el bote en aquella playa salpicada de rocas, la noche había cerrado completamente, y sólo la luz de las estrellas y de la luna, en escaso cuarto creciente, iluminaba el escenario silencioso de la incursión de la agente Baby.

Estuvo un par de minutos inmóvil, con el oído atento. Su finísimo oído, que no captó otra cosa que el rumor del mar, rompiendo casi dulcemente en las playas arenosas, a muy poca distancia de ella.

No había canto de tortugas.

Desenrolló la cuerda atada a una de las anillas de la redonda borda del bote y rodeó con ella una de las rocas. En pocos segundos dejó amarrado el bote a ella. Delante, a muy poca distancia, estaba la playa de arena, salpicada de palmeras. Se pasó el asa del maletín por una muñeca y tomó con la otra mano el fusil acuático. Muy despacio, siempre evitando el menor ruido, se descolgó hacia el agua, hundiéndose lentamente. A pesar de la casi buena temperatura y del traje de goma negro, notó el frío del líquido elemento, como una corriente que hizo vibrar todo su cuerpo. De todos modos, aquel era un pequeño sacrificio sin importancia. Había pasado frío otras muchas veces, en Ausvania, en Alaska, en el Polo Sur… [1] Prefería el calor, el sol, la vida tibia, pero no tenía miedo a nada. Ni a nadie.

Se puso la boquilla del tubo de goma en la boca y se sumergió. Por supuesto, pensaba reaparecer bastante más allá de donde había dejado el bote hinchable, de modo que estuvo nadando bajo el agua durante unos cinco minutos. Tampoco era la primera vez que hacía una cosa parecida en plena noche y estaba acostumbrada al tono tenebroso de las aguas del mar. Sin duda, cualquier persona normal se habría sentido francamente inquieta en aquel sitio bajo el agua, sin ver nada, rodeado de un ambiente frío, negro, tenebroso absolutamente. La agente Baby sabía que allí había sólo una cosa: agua. Agua, agua y más agua. Eso era todo. Y en aquellos momentos su cerebro estaba funcionando, como en diversas ocasiones, igual que una computadora. Tenía algo que hacer…, y lo estaba haciendo. Eso era todo. Todo.

Cuando salió a la superficie, muy despacio, sin soltar la boquilla del tubo de aire, las aguas apenas se movieron más de lo normal. Sencillamente, su cabeza, cubierta por la negra capucha de goma, apareció.

Y sus ojos, a través de los lentes, se movieron en todas direcciones.

Okay.

Ruta perfecta bajo las aguas.

Allá, a su derecha, a unas treinta yardas, estaba una de las tortugas. Asombroso. Las tortugas marinas, como su nombre indica, viven en el mar, se desenvuelven en el líquido elemento. Pero allá tenía una, inmóvil, cerca del borde del agua, en un pequeño promontorio arenoso.

Con movimientos exquisitamente silenciosos, la espía internacional nadó hacia la costa. Llegó a la arena y se arrastró por ella, hasta quedar fuera de la posible línea visual de la tortuga. Entre unos arbustos se quitó las aletas de goma, los lentes, los tubos de aire, el cinturón de plomos… Por último, con el maletín forrado en raso impermeable de color negro en la mano izquierda y el fusil cargado con un agudo arpón en la mano derecha, se deslizó hacia la tortuga, por detrás, describiendo un semicírculo. Dos minutos más tarde estaba detrás de la gigantesca tortuga, contemplando su gran concha inmóvil sobre la arena.

Curvados sus labios en una fría sonrisa, la divina espía alzó un poco la cabeza y comenzó a emitir un sonido sibilante, agudo, como

un resoplido furioso:

—¡Fffiiirrr… ruuúuuu… bruuuúuuufff…!

Increíble.

Asombroso.

Sensacional.

Absolutamente fantástico… La tortuga que estaba inmóvil en la orilla del mar se puso en pie rápidamente. En pie. Quedó sobre dos patas, volviéndose…, y la gran concha cayó sobre la arena, con la cavidad hacia las estrellas. De este modo, desprovisto de la gran concha, el hombre que había estado debajo quedó perfectamente visible, erguido, brillando en su mano una pistola…

¡Fffssss… toc!

Primero se oyó el silbido del arpón. Luego el seco «toc» del dardo al clavarse en el pecho del hombre-tortuga. Fue un arponazo brutal, poderosísimo, que empujó al hombre hacia el agua, lanzando un brevísimo alarido de agonía.

¡Voilá!

Baby se incorporó y corrió hacia la playa; asió de un pie al hombre y lo arrastró hacia la arena relativamente seca. Cuando llegó allá había visto, sobradamente, cómo el arpón atravesaba todo el pecho masculino, sobresaliendo por la espalda. La pistola del hombre había quedado en la arena, y todo lo que hizo la espía con ella fue arrojarla al mar lo más lejos posible.

Luego dio la vuelta al cuerpo del hombre y se quedó mirando el pequeño aparato que llevaba en el cinturón. Con mucho menos de dieciséis años de espionaje, cualquier agente secreto vulgar habría comprendido que aquello era un transmisor. Lo arrojó también al agua y se apartó del cadáver, dedicando toda su atención a la concha de tortuga gigante.

Por supuesto, estaba completamente hueca. Era la concha de una tortuga simplemente. Y pesaba tanto que, por unos segundos, Baby estuvo tentada de abandonar la… luminosa idea que había tenido. Pero se decidió. A fin de cuentas, una buena idea siempre es… una buena idea.

Veinte minutos más tarde, la gigantesca tortuga apareció por detrás de aquella otra que permanecía apaciblemente en la playa, de espaldas al interior del kayo.

Y la tortuga recién llegada emitió su canto furioso:

¡Fffiiirrr… bruuuúuuufff…!

La tortuga que descansaba junto a la orilla del mar se movió. Igual que la anterior, se puso en pie, volviéndose, dejando caer la gran concha. El hombre que había estado oculto junto a ésta miró hacia el interior de la isla.

—¿Quién es? —exclamó con voz crispada—. ¿Eres tú, Jer…?

¡Effssss… toc!

El brillante arpón quedó profundamente hundido en el pecho del hombre, que durante un par de segundos permaneció en pie, crispando las manos en la fina barra de aluminio pesado. Por fin, sin un grito, se desplomó, hacia atrás, rebotando contra la vacía concha de tortuga gigante, y quedando finalmente de bruces sobre la arena.

Baby salió de debajo de la gruesa y pesada concha, y se acercó al hombre. También tenía una pistola, y en su cinturón se veía el pequeño transmisor. Muy bien. Ya habían caído dos. Según todos los datos, había cuatro vigilantes en otros tantos puntos de la isla: Norte, Sur, Este y Oeste. Los del Norte y el Oeste habían muerto, de modo que quedaban solamente los de…

Súbitamente, el transmisor que el hombre llevaba en el cinturón, comenzó a emitir una señal de llamada: bip-bip-bip-bip-bip-bip… Por instinto, Baby arrancó el transmisor del cinturón del cadáver, y abrió la comunicación. En el acto, oyó la voz seca, recia; una voz que le parecía familiar, conocida…

—Estoy esperando informe del vigía-Norte… —dijo la voz—. Adelante, vigía-Norte. ¿Novedades?

Brigitte se quedó mirando el transmisor. Podía decir algo, pero estaba segura de que su voz, decididamente femenina por mucho que intentara disimularlo, no engañaría a nadie.

—Adelante, vigía-Norte —insistió aquella voz.

Baby tiró a un lado el fusil de arpones, y sacó la pistolita de su maletín, mirando a todos lados. Como único sonido, de nuevo tan sólo el rumor del mar, que, a la vez, era lo único que parecía tener movimiento en aquella isla.

Y, de pronto, sobresaltándola, aquella voz seca y recia se oyó mucho más potente, como si se extendiera por todo el kayo merced a unos altavoces:

—¡Atención! —avisó—. ¡Ella ha llegado! ¡Atención todos! ¡La

agente de la CIA está en la isla! ¡Máximas precauciones! ¡Ella es la agente Baby! Advertencia general: los recursos de la agente Baby son ilimitados. Nadie debe creerse más listo que ella. Si le damos la más pequeña oportunidad, volará el islote, o nos matará a todos, sea como sea. Orden final: concentración de elementos dejando en el centro a Baby. ¡Atrápenla! Seis elementos hacia la costa Norte, donde debe haber dejado su embarcación. Tiene equipo submarino. Especialistas al agua, con explosivos especiales. Atención: ella es la agente Baby.

La voz dejó de oírse, y Brigitte se quedó mirando todos lados, sintiéndose acorralada. Dio un par de pasos hacia el agua, pero vio aparecer dos cuerpos no muy lejos de allí, negros, brillando a la luz de la luna y las estrellas. Y ella dejando sus tubos de aire lejos de allí…

Dio la vuelta y echó a correr hacia el centro de la isla, tras recuperar el fusil acuático y los arpones, tan injustamente desdeñados poco antes. Seguir con el juego de hacer la tortuga era una absoluta tontería. Por el contrario, tendría que ser más veloz que una liebre si quería salir con bien de aquel apuro. La sola idea de llegar hasta donde había dejado sus tubos de aire, para luego llegar hasta el bote hinchable, resultaba por completo descabellada. Y de pronto, mientras se acurrucaba entre unas matas, dispuesta a repeler cualquier agresión, cayó en la cuenta de que la habían mencionado *precisamente a ella*. Habían nombrado a la agente Baby. Habían dicho: «ella ha llegado»… Era como si supieran que tenía que llegar a la isla, como si la hubiesen estado esperando, aunque sin saber con seguridad cuándo arribaría…

Colocó otro arpón en el fusil acuático, apretando con fuerza sorprendente el émbolo de aire comprimido. Tenía su pistolita, cierto, pero en una situación como aquélla no eran armas lo que sobraban precisamente. También podía recurrir a su fusil de tubos de aluminio ya…

¡Fffiiirrr… ruuuúuuu… fffiiirrrrr… bruuuúuuuúff… ruuúuuu… ffiirrr… bruuúuufff…!

Alzó la cabeza y comenzó a mirar a todos lados. Como una escalofriante melodía, el canto de la tortuga se extendía por todo el islote, llenándolo, como hinchándolo, anulando cualquier otro sonido, incluso el del mar… Era como si cientos de tortugas furiosas

estuvieran emitiendo sus resoplidos, sus silbidos agresivos… La agente Baby se sintió envuelta en ellos, como apresada en una gigantesca tela de araña que la estuviera oprimiendo con finos hilos invisibles. La sensación era angustiosa, opresiva, brutal, y el sonido parecía llegar de todos los puntos del kayo. Todo su cuerpo se estremecía bajo aquellas ondas sonoras, nuevas, jamás oídas antes directamente. Se llevó las manos a los oídos, y justo entonces brotó la primera luz por entre las palmeras. Una luz que fue directamente hacia ella, cegándola, mientras proseguía, cada vez en un tono más intenso y agudo, el canto de las tortugas.

Súbitamente, bajo aquella luz, apareció la primera tortuga. Apuntó hacia ella, disparó… y la bala rebotó en la durísima concha. Inmediatamente, apareció otra tortuga. Y otra, y otra, y otra…

¡Plof!… ¡Plof!… ¡Plof!… ¡Plof!…

Las balas iban rebotando en las conchas de los gigantescos quelonios, que ahora se ofrecían de espaldas a ella. Cuando las balas se agotaron en el cargador, la espía continuó disparando, todavía, hasta comprender que era inútil. La pistola estaba vacía. Ahora eran por lo menos cuatro rayos de luz los que la estaban iluminando, encogida en aquel lugar que había considerado tan seguro. Estaba completamente rodeada de tortugas, con la espalda vuelta hacia ella. Alzó el fusil acuático, disparó contra la más cercana…, y el arpón rebotó, perdiéndose en dirección al cielo.

¡Ffffiiirrrr… ruuúúúú… bruuúuufff… fffiiirrrrr…!

Lentamente, la agente Baby bajó los brazos, y dejó caer al suelo el fusil acuático, junto a su pistolita, que de nada le había servido en aquella coyuntura. Se incorporó, alzando los brazos, de lleno en aquellos círculos de luz. En el acto, las tortugas que la rodeaban dieron la vuelta, mostrando a los hombres que se parapetaban tras las durísimas conchas. Cada uno de aquellos hombres tenía una pistola en la mano, apuntada hacia ella. Si estaba viva era porque así convenía a alguien. Nada habría sido más fácil que matarla, acribillarla a balazos…, mientras continuaba oyéndose el canto de las tortugas.

Una de éstas, naturalmente con un hombre detrás sosteniendo la concha, se acercó a ella, con grandes precauciones. Era un espectáculo inédito ver a una tortuga caminar de pie, de espaldas… La «tortuga» se detuvo ante ella, a menos de dos pies… Y, de

pronto, la gran concha pareció salir disparada hacia Brigitte, que notó el fortísimo golpe en la frente. Se tambaleó hacia atrás, cayó de rodillas, y, cuando empezaba a recuperarse de aquel primer golpe, la concha volvió a caer sobre ella, aún con más fuerza, con más violencia, aplastándola, aturdiéndola…

Pero no tenía derecho a quejarse. Uno de sus objetivos había sido escuchar el canto de las tortugas, y… lo había conseguido.

Capítulo IX

Llevaba ya varios minutos despierta, en aquella pequeña cueva que no era más que un agujero entre los muchos subterráneos que debía haber en el kayo. Había una bombilla colgando de una clavija de hierro clavada en la roca. A su luz, veía parte del corredor exterior. Entre la entrada, mirándola muy atentamente, había dos hombres, cada uno de ellos con un rifle en las manos, provisto de un largo tubo silenciador. Precauciones excesivas, quizá, ya que estaba atada de pies y manos.

De pronto, comenzó a oír los pasos por el corredor de roca, acercándose, sonando cada vez más fuertemente. Poco después otro hombre hacía su aparición en la cueva. Un hombre alto, de hombros anchos, poderosos; cabellos rubios, ojos claros, frente despejada, expresión sonriente. Debía tener treinta y cinco años, y resultaba muy apuesto y simpático. Al menos, en aquel momento, debía estar de un humor excelente. Se la quedó mirando unos segundos, soportando con cierta ironía el escrutinio suspicaz de la espía internacional. Por fin, soltó una simpática carcajada, y se acercó más a ella. Se sentó delante, cruzando las piernas, y señaló la frente de Brigitte.

—Tiene un tremendo chichón, Baby. Un chichón doble —dijo en ruso.

—Los chichones se curan solos… —sonrió Brigitte, hablando también en ruso—. Hay cosas mucho peores. ¿Quién es usted?

—Puede llamarme… Dimitri.

—¿Por qué motivo? Usted no es ruso, de modo que es tontería que utilice un nombre ruso.

—¡Ah! ¿Se ha dado cuenta de que no soy ruso? Bien, no importa. De todos modos, usted y yo hablaremos en ese idioma. Según lo que me diga, no quisiera asustar a mis hombres, y puesto que ninguno habla ruso, nosotros sí lo haremos. Vaya, vaya, vaya…

¿De modo que la agente Baby es la mundialmente famosa periodista Brigitte Montfort…? ¿Quién podía sospechar semejante cosa?

—Según parece, usted.

—Oh, sí. Pero es que yo soy profesional del espionaje, y, cuando supe que era una mujer la encargada de atender a James Luther, me dije que la CIA solamente podía enviar a un agente femenino para atender un asunto tan importante: Baby.

—¡Qué sagaz! —sonrió de nuevo Brigitte.

—No soy tonto, desde luego. Bien, vayamos directos al asunto: ¿hasta qué punto ha informado a la CIA sobre todo esto?

—No he informado nada. No he podido.

—Con mentiras tontas sólo complicaremos las cosas, Baby.

—Es cierto… —suspiró la divina—. Los avisé. No creo que tarden mucho en llegar a este kayo, señor… Dimitri.

—¿Se da cuenta de lo que ha hecho? Me obliga a adelantar el lanzamiento del proyectil.

—No llegará a dispararlo… —musitó Brigitte, con aparente sangre fría—. Si lo hace, no podrá escapar…

—Se equivoca. Lo tengo todo preparado para escapar de aquí cuando falten cinco minutos para el lanzamiento. Y a una velocidad tal que ni la CIA ni nadie podrá alcanzarme jamás. Bien… Habrá que dar prisa a los del disparo, adelantando la hora. Con su permiso…

—¿Está loco? —Exclamó Brigitte—. ¡No puede hacer eso!

Dimitri se la quedó mirando con expresión estupefacta.

—¿Por qué no? —Se extrañó—. Es sólo un proyectil atómico… que caerá muy lejos de donde nos encontramos. Concretamente en Washington. Mire, usted me ha complicado un poco la vida, Baby, pero no va a poder impedir nada. Del mismo modo que tampoco pudieron impedirlo los del guardacostas que se acercaron demasiado a la isla hace días. Debieron seguir su ruta, y así, una de mis tortugas no les habría atacado.

—¿Una de sus tortugas?

—Sí. Verá… Como es natural, aquí abajo precisamos energía eléctrica, así que tenemos un par de generadores. Lógicamente, emiten un sonido, unas vibraciones, que son captadas por el sonar. En mi interés por evitar contratiempos, tengo siempre arriba unos cuantos hombres, ocultos en caparazones de tortuga, que vigilan el

acercamiento de cualquier embarcación. Si la embarcación que se acerca está dotada con sonar, paramos los generadores, y, cuando están más cerca, salen a la superficie unos cuantos hombres más, que también se ocultan bajo los caparazones de las tortugas. Entonces, se pone en marcha un sistema de micrófonos que emiten la grabación imitada de muchas tortugas furiosas, y, en dos ocasiones, eso dio buenos resultados: los dos guardacostas que se acercaron, creyeron que aquel era el sonido que había captado su sonar, y se alejaron. Todo lo que podían decir de este kayo es que hay en él muchas tortugas. En ocasiones, han venido pescadores, dispuestos a capturar uno de estos animales, pero, claro, no han visto ninguno, ya que, siguiendo órdenes mías, mis hombres se esconden aquí abajo. Los pescadores están unas horas, siempre vigilados, y al fin, aburridos, se van. No nos molestan, porque ellos no llevan radar ni sonar, y podemos seguir trabajando aquí abajo… Sin embargo, la última lancha guardacostas, se acercó, al parecer con intenciones por parte de sus ocupantes, de investigar. Así que les envié uno de mis torpedos pequeños, metido en una concha de tortuga. Y entonces, se acabó la complicación. Lo más lamentable es que luego vinieron más lanchas guardacostas a investigar lo ocurrido, y tuvimos que permanecer tres días completamente inactivos. Eso retrasó nuestros planes. Quiero decir que de no haber sido por eso, el proyectil habría sido lanzado hace tres días, poco más o menos. Pero ahora todo está listo y habrá que hacerlo.

—¿Por qué hay que hacerlo? —Musitó Brigitte—. ¿Por qué lo hace, Dimitri?

—Me pagan muy bien por ello.

—¿Los rusos?

—Quizá.

—No es posible… ¡No lo creo!

—Como guste. Todas las piezas del proyectil, la carga atómica, los diversos aparatos, han estado llegando aquí, lentamente, durante un año y pico. Mi misión ha sido, simplemente, cuidar de la organización en todo momento, a fin de que nadie concreto sea mencionado. Si he de serle sincero, ni yo mismo sé quiénes me pagan para disparar el proyectil. Aunque la verdad es que no me importa. Y eso es todo… Al principio, ordené que la mataran. Luego, quise tenerla viva para hacerle unas cuantas preguntas, y, al

fin, lo he conseguido. Si bien admiro que usted es una pieza difícil de cazar, Baby. ¿Cómo supo que había una trampa preparada para usted en su hotel?

—Por las rodadas de los neumáticos del coche. Eran idénticas a las del que estuvo por la mañana junto a la carretera de la playa.

—Asombroso. Pero menos que su actuación contra mis dos helicópteros. De todos modos, tuvo usted suerte de que mis hombres tuvieran órdenes de no matarla.

—Usted sabía que yo iba a llegar… ¿Quién le avisó?

—Un pajarito —sonrió Dimitri—. Evidentemente, usted navegó a motor muy deprisa, y luego tuvo que remar a un ritmo sencillamente increíble. La esperaba un poco más tarde. De todos modos, mis hombres estaban prevenidos, y todavía me pregunto cómo pudo una mujer matar o dos de ellos… La admiro, de veras. ¿Por qué me mira así?

—Por nada.

—¿Le recuerdo a alguien, quizá? ¿O mi voz le resulta conocida?

—No —mintió Brigitte—. No me recuerda a nadie, ni recuerdo su voz de ninguna otra ocasión.

—Entonces, no es usted tan lista como dicen. Aunque sí muy audaz y valiente…, pero no invencible, ya ve. Dígame: ¿quiere que la mate ahora o prefiere presenciar las últimas fases del lanzamiento?

—No tengo prisa en morir.

—¡De acuerdo! —Rió Dimitri—. Va a tener el privilegio de contemplar los últimos preparativos, y la cuenta atrás. Pero tenga en cuenta esta advertencia, por si intenta algo: mis hombres ya *no* tienen orden de respetar su vida.

Desató las piernas de Brigitte y la ayudó a ponerse en pie. Señaló la salida, y los dos hombres armados que había allí se apartaron. Cuando hubieron salido, Dimitri se volvió hacia ellos, y dijo, en inglés:

—Venid con nosotros. Si ella intenta algo, matadla, en el acto —sonrió a Brigitte, y señaló corredor adelante—. Por aquí, Baby.

Comenzaron a caminar. Había bombillas por los pasillos, todas colgando de clavos hundidos en grietas de la roca. Era una instalación pobre, utilitaria estrictamente, con simples cordones eléctricos y bombillas…

—¿A qué profundidad sobre el nivel del kayo estamos? —preguntó Brigitte.

—A unos doscientos pies. Vea… Ahí duermen mis hombres. Hay grietas en el techo que permiten la ventilación, por supuesto.

Brigitte no concedió la menor importancia a los detalles de instalación del personal de Dimitri, mirando apenas los huecos en la roca donde se veían catres y prendas de ropa colgadas de las paredes, por medio de clavos, igual que las bombillas. Pero sí se sorprendió al ver, en otro hueco, dos grandes jaulas de barrotes de hierro, cada una de ellas capaz de contener un elefante. Las puertas de las enormes jaulas estaban abiertas.

—¿Para qué son? —preguntó.

—A eso no quiero contestar… —sonrió Dimitri—. Ya llegamos a la plataforma.

Doblaron el último recodo, y quedaron en la entrada de una gran gruta natural, en cuyo centro, efectivamente, se veía el proyectil que James Luther había fotografiado. Visto directamente, no parecía tan grande; quizá no tuviese más de veinticinco pies de longitud, por cinco o seis de diámetro. Su extremo apuntaba hacia el techo de la gruta, y ya en la plataforma metálica solamente quedaba la torre de sujeción. No había ningún hombre junto al proyectil atómico, que se veía poderoso, brillante, sobrecogedor. Dimitri la llevó hacia otro punto, que reconoció en el acto, también gracias a las fotografías de James Luther: el control de disparo. Allí sí había muchos hombres, no sólo ante los diversos aparatos, sino en pie, fumando, inquietos, paseando de un lado a otro. Eran los hombres vestidos con «mono» azul que en las fotografías aparecían junto al proyectil, en varios puntos de la torre metálica. Los de los controles no les prestaron la menos atención, absortos en su cometido, comprobando datos, cambiando comentarios…

—¿A cuánto estamos? —preguntó Dimitri.

—Cincuenta y ocho minutos y contando hacia atrás.

—Bien. No hay cambios. Venga, Baby —la tomó de nuevo del brazo, y la colocó ante unos mandos eléctricos, cuya palanca bajó de pronto, y señaló en seguida el techo de la gran gruta—. Vea… El techo es una obra de arte… en cartón piedra y plástico. Desde el exterior, ya sea por mar o por aire, nadie notaría nada. Arriba de esa gran pieza que se está desplazando hay rocas, palmeras,

matorrales… Un camuflaje perfecto. Por ahí saldrá el proyectil dentro de… cincuenta y siete minutos.

Demudado el rostro, Brigitte estuvo mirando durante unos segundos la gran abertura que iba apareciendo en el techo. Las luces, excepto la de los controles, se habían apagado, de modo que se podía ver el brillo de las estrellas en el cielo. Dimitri apretó un botón, y el techo corredizo se detuvo. Subió la palanca, y el gran truco de plástico y cartón piedra comenzó a deslizarse en sentido contrario, cerrando la abertura. La mirada de Brigitte fue entonces al proyectil, que brillaba intensamente, impecable.

—No es posible… —murmuró roncamente—. No han podido colocar la carga atómica, ni construir eso aquí dentro, ni…

—¿Le parece que no es posible conseguirlo en más de un año? Bien, no discutiremos eso. Sólo lamento que usted no podrá ver la salida del proyectil. Discúlpeme, pero ya debo dar órdenes para su ejecución. No quiero más riesgos con usted. Recapacitando seriamente sobre el asunto, tengo que llegar a la conclusión de que si durante tantos años nadie ha vencido a Baby, yo no debo abusar de mi suerte. Entiendo que usted tiene miles de recursos insospechados. Y, como comprenderá, no voy a arriesgar mis cinco millones de dólares por usted.

—¿Le pagan… cinco millones de dólares por hacer esto?

—Así es.

—Diez.

—¿Cómo?

—Digo que yo le doy diez, Dimitri…, por no lanzar ese proyectil.

El rubio y simpático Dimitri sonrió, divertidísimo.

—¿Está intentando sobornarme?

—Desde luego.

—¿Se da cuenta de lo que me pide? La gente que me contrató no me perdonaría esta jugada. No pararían hasta dar conmigo.

—Estoy segura de que usted sabría burlarlos a todos.

—Es posible —murmuró Dimitri—. Pero es mucho riesgo.

—Quince millones.

—Oh, vamos, basta de tonterías, Baby. Usted sabe…

—Veinte millones, Dimitri.

—¿Y por qué no veinticinco? —rió él—. Es un número más

simpático.

—Veinticinco millones —dijo Brigitte.

Dimitri se quedó mirando fijamente, pasándose la lengua por los labios. Un vivo destello pasó por sus claros ojos de inteligentísima expresión.

—¿Está hablando en serio? —susurró.

—Sí.

De nuevo se pasó Dimitri la lengua por los labios. Sus ojos se entornaron, mirando con una nueva expresión a la espía internacional.

—¿Cómo me los daría? —musitó apenas.

—Como usted quisiera y cuando quisiera.

—¿Esta noche?

—Tan pronto como mis jefes puedan reunirlos. Sería esta noche, desde luego.

—Son veinticinco millones, Baby…, no veinticinco centavos.

—Y usted está tratando con la CIA, no con un pordiosero. En un momento dado, la CIA puede reunir cien veces esa cantidad: en billetes, en oro, en cheques para bancos suizos… Como usted quiera.

Dimitri continuaba mirándola fijamente. Se pasó la lengua por los labios, una vez más. Luego, la mano por la barbilla, vacilante.

—¿En billetes de mil dólares? —susurró.

—Será en billetes de mil dólares —asintió Brigitte.

—Bien… Es una oferta muy tentadora, lo admito… No sé…

—La cuenta atrás prosigue, Dimitri.

—Lo sé, lo sé… No me ponga nervioso. Veinticinco millones de dólares… ¿Lo harían todo a mi manera, todo como yo dijera, sin trucos, sin trampas…?

—Usted tiene la palabra en todo.

De pronto, Dimitri se volvió hacia los encargados de los controles.

—Detened la cuenta —ordenó—. Todo queda en suspenso, por el momento. Y vosotros dos, llevad a Baby donde estaba antes. Sin confiaros ni un segundo.

—¿Eso quiere decir que sí o que no? —murmure Brigitte.

—Le daré mi respuesta dentro de diez minutos. Lleváosla.

Capítulo X

Doce minutos más tarde, Brigitte alzó la cabeza al oír los pasos que se acercaban a su «celda». Y cuando apareció el personaje lanzó una exclamación de asombro magníficamente lograda.

—¡Señor Romano! —Se puso en pie rápidamente—. ¡Lo han capturado también! ¡Cuánto lo lamento! Ya le dije…

—No importa… —dijo Romano, entrando en la cueva—. No se preocupe demasiado, señorita Montfort.

—Pero… ¡lo siento tanto! Ya le dije que tuviese cuidado, que podían ir a por usted. ¿Qué ha sucedido?

Romano encogió los hombros, se sentó en el suelo y alzó la cabeza, fijando su ojo normal en Brigitte, mientras el otro, más que nunca, parecía el de un pescado hervido, blanco intenso, ciego.

—¿Qué harán con nosotros? —preguntó.

—No sé… Estoy esperando al jefe de esta gente… —Brigitte se sentó de nuevo, ahora junto a Romano—. Tengo la esperanza de que llegaremos a un acuerdo, a cambio de veinticinco millones de dólares.

—¿Veinticinco millones de dólares? ¿Piensa darle usted esa cantidad a esta gente?

—Desde luego.

—Supongo que está bromeando.

—¿Bromeando? Señor Romano: esta gente, como usted dice, dispone de un proyectil atómico que piensan disparar contra Washington… ¿Se imagina lo que ocurriría? Ya sé que todo esto parece increíble, pero yo he visto ese proyectil, he estado presenciando la cuenta atrás para su lanzamiento. ¿Veinticinco millones? ¡Mucho más se podría pagar por evitar esa barbaridad! No se trata sólo de cientos de miles de vidas, sino lo que ocurriría luego. En cuanto esa hecatombe hubiera terminado con Washington, ya habría muchos más proyectiles en el aire. De Rusia

hacia Estados Unidos y de Estados Unidos a Rusia… ¿No se da cuenta de lo que puede suceder?

—Desde luego… —dijo Romano, en ruso ahora, y con voz diferente—. Me doy perfecta cuenta. Y celebro que usted también lo haya comprendido, señorita Montfort.

Ésta, tras una ahogada exclamación, se quedó mirando con expresión desorbitada a Romano.

—Señor Romano, su voz, y su… No sabía que usted hablase ruso, y… ¡Usted es Dimitri!

Romano se quitó la peluca; dio un tirón a la cicatriz, despegándola de su rostro; se quitó el ojo blanco, y el otro también, mostrando las dos microlentillas especiales en la palma de la mano. También se arrancó las espesas cejas, y un aparato que llevaba en la boca, que deformaba ligeramente ésta, y sus mejillas, y que, al mismo tiempo, le servía para cambiar la voz…

—Ha tardado en darse cuenta, Baby —sonrió.

—Pe-pero… Oh, bien, he sido una estúpida. Verdaderamente no se puede decir que sea muy lista, ¿verdad?

—No… —sonrió Dimitri—. No tanto como se dice por ahí, al menos. Bien, he comprobado que piensa jugar limpio. Y, mientras me maquillaba, he tenido tiempo de pensar en cómo haremos las cosas.

—¿Acepta, entonces?

—¡Naturalmente! Sólo un loco rechazaría veinticinco millones de dólares a cambio de cinco. Pero haremos las cosas a mi manera, sin la menor discusión.

—No… no pienso discutirle nada. A excepción, claro está, de la conservación de mi vida. Ese es un punto que…

—Conservará la vida —cortó él.

—Bien. Oh, ahora comprendo algunas cosas… Los de los helicópteros no tenían órdenes de derribarnos… ¡Claro! Sólo de capturarnos… Igual que los dos hombres que me esperaban en la *suite*… Pero usted, siempre tan cerca de mí, pudo haberles ahorrado molestias a sus hombres, capturándome personalmente…

—Por diversos motivos, no me interesaba. Especialmente, porque no quería arriesgarme con usted. Francamente, había oído hablar tanto de sus… tretas que preferí vigilarla, y dejar el trabajo difícil para mis hombres. Y puesto que usted quería venir al islote

en un bote hinchable, la solución llegó por sí sola. Lástima que no pude avisar a los que esperaban en Flamingo por si fallaba lo de los helicópteros… Pero, en fin, eso ha pasado ya. Ahora, hablemos del asunto final…

—¿Está loco? Después de esto, la CIA le buscará, y… No comprendo bien. Su negocio en Flamingo…

—Durante más de un año he tenido la grandísima paciencia de maquillarme todos los días. Nadie allí me conoce tal como soy. Pero, además, eso no importa. Jamás volveré a Flamingo. ¿Mi negocio? —sonrió—. Oh, vamos… Unos cuantos miles de dólares que no tienen la menor importancia. El señor Romano desaparecerá para siempre, y eso es todo. Ya supongo que la CIA, con usted al frente, me buscarán, pero no podrán encontrarme nunca. Ha sido un año y pico preparándolo todo, con paciencia, con astucia… Ahora, puesto que tengo la oportunidad de desaparecer con veinticinco millones, no lo haré con cinco. No se hable más del asunto.

—De acuerdo… —Parpadeó Brigitte—. Pero ya no va a engañarme por más tiempo. Usted es un espía profesional, sabe muy bien lo que…

Dimitri la interrumpió con un seco gesto. Salió de la cueva, y regresó a los pocos segundos, llevando el maletín de Brigitte. Lo abrió y sacó la pequeña radio de la espía.

—La CIA tiene que estar muy cerca —susurró—, porque este aparato ha recibido ya dos llamadas, Baby. Seguramente, se están acercando al kayo, si bien con las luces apagadas. Yo voy a llamar por usted, y le pondré la radio ante la boca. Cuando contesten, usted dirá exactamente lo que yo le vaya dictando…

Capítulo XI

Bip-bip-bip-bip-bip…

Charles Pitzer lanzó una exclamación, sacó rápidamente la radio de su bolsillo, y admitió la llamada, con un grito.

—¡Sí! —aulló.

—¿Tío Charlie?

—¡Brigitte! ¿Dónde está? La he llamado dos veces antes…

—Lo sé. Pero no podía contestar. Tío Charlie, tiene que…

—¿Está bien? ¿Está bien, queridita? ¡Por Dios, creíamos que todo había terminado para usted!

—Ya ve que no. ¿Dónde está usted exactamente?

—En una lancha guardacostas, acercándome al kayo en cuestión… —Pitzer miró a su alrededor, apoyado en la borda—. Hemos reunido quince lanchas, tres de las cuales son torpederas, y otras pequeñas, más rápidas. Además de veinte Simones, hay personal militar y…

—Tío Charlie: tienen que dar la vuelta. Aléjense. Vuelvan hacia Flamingo. No se acerquen a este kayo. Estoy prisionera, tío Charlie, pero no hablo obligada, se lo aseguro. Ya me conoce. La situación es ésta: si antes de las cuatro de la madrugada usted no ha reunido veinticinco millones de dólares en billetes de mil, un proyectil atómico será disparado contra la ciudad de Washington. No es una broma, ni exageraciones, yo se lo garantizo. Igualmente será disparado el proyectil si se acercan al kayo que le señalé en el mapa. ¿Lo entiende?

—Sí… ¡Por Dios! ¿Qué clase de locos…?

—Ya hablaremos de eso más adelante. Ahora, vuelva a Flamingo y haga lo que sea con tal de conseguir esos veinticinco millones. Los ponen en una maleta grande, sólida, nueva, en fajos bien apretados. Sólo serán veinticinco mil billetes, de modo que cabrán bien en una maleta grande. Cuando los tengan, usted, en una lancha pequeña,

volverá a acercarse a la isla, acompañado, como máximo, por dos o tres hombres. Ningún hombre más, ninguna embarcación más. ¿Está claro?

—Sí…, sí… ¿Qué más?

—Cuando esté a unas veinte millas del kayo, llámeme por la radio. Entonces volveré a darle instrucciones.

—Bien. Estuvimos en la tienda llamada «Romano's», pero no había…

—El señor Romano fue hecho prisionero también, según parece, antes de que llegaran ustedes. Está conmigo. No olvide lo de la maleta, tío Charlie. Eso es todo. Adiós.

La comunicación quedó cortada, y Pitzer quedó inmóvil, mirando el aparato.

—Tenemos que darnos prisa —musitó Simón, a su lado.

El teniente comandante de la lancha guardacostas, que había escuchado la conversación, lo miró incrédulamente.

—¿Van a pagar esa cantidad? —exclamó.

—Le pagaríamos sólo por Baby, teniente… —Gruñó Pitzer—. Dé la orden para volver. Y llame por la radio a todas las demás lanchas. Todo el mundo de regreso a Flamingo. Son las diez y media, calculo… No se puede decir que tengamos mucho tiempo para reunir esa cantidad.

—Pero todo eso… debe ser una broma… No es posible que…

—Teniente —masculló abruptamente Pitzer—: cuando nuestra agente Baby dice que hay que pagar veinticinco millones de dólares, es que hay que pagarlos. Rumbo a Flamingo. ¡Y a toda máquina! El tiempo vale ahora mucho más que el dinero.

Capítulo XII

Hacia las tres y media de la madrugada, Dimitri apareció en la cueva donde estaba Brigitte, de nuevo atados los pies, tendida en el durísimo suelo. Se quedó mirándola sombríamente, estremecedor su ojo blanco, pues había vuelto a maquillarse como Romano.

—El tiempo se está terminando, Baby.

—Llegarán a tiempo.

—Sería mejor para todos. Sin embargo, veinticinco millones no son fáciles de reunir, y temo que habrá complicaciones. Si así es, nuestro trato no servirá para…

Lanzó una exclamación, porque acababa de sonar la radio de bolsillo de Brigitte, que él llevaba consigo. Abrió la comunicación, y se acercó precipitadamente a la espía.

—Conteste… —susurró—. Ya sabe lo que tiene que decir.

—¿Baby? —Se oía la voz de Pitzer—. ¡Brigitte! ¡Brig…!

—Cálmese, tío Charlie. Le estoy oyendo, y me encuentro bien. ¿Han reunido el dinero?

—Sí, sí. El *First National Bank* de…

—No importan los detalles, tío Charlie. Lo tienen, y eso es todo. ¿En billetes de mil, en una maleta?

—Tal como usted pidió. Es una maleta sólida, de piel de…

—Tampoco esos detalles importan. Bien. Escuche lo que va a pasar ahora. Un momento: ¿están en una lancha, a veinte millas de aquí?

—Sí. En línea recta entre el islote y Flamingo. Solamente tengo a dos Simones conmigo.

—Perfecto. Dentro de unos minutos, llegará a la lancha un helicóptero, que permanecerá suspendido encima de ustedes. Para que los localicen pronto, encienda los faros de la lancha. En el helicóptero, irán dos hombres y el señor Romano, al que están utilizando. El señor Romano, dejará colgando una cuerda con un

gancho en la punta. Coloquen la maleta en ese gancho… ¿Resistirá el asa de la maleta?

—Lo resistirá todo, naturalmente. Haremos eso que ha dicho. ¿Y luego?

—Luego, den la vuelta y aléjense. Es todo.

—¿Todo? ¿Y usted? ¿Qué pasará con usted?

—No se preocupe por eso. Confío en la palabra de Dimitri, el jefe de esto. Hasta luego, tío Charlie.

—Pero Brigitte, querida, no es posible que usted confíe en esos hombres…

—Adiós, tío Charlie.

—Dimitri-Romano cerró la radio y se quedó mirando sonriente a la divina espía.

—Lo ha hecho muy bien —admitió—. Por tanto, yo cumpliré mi parte de dejarla viva. Adiós, señorita Montfort.

Se incorporó, metiendo la radio de Brigitte en el maletín de ella. Luego, colgó el maletín del mismo clavo del que pendía la bombilla y se volvió hacia la puerta, haciendo una seña a los dos hombres que en todo momento habían estado vigilando a Brigitte.

—¿Cómo podrán escapar? —murmuró ésta—. ¿Qué sistema van a emplear, Dimitri?

—Está todo previsto. Observe que no la he atado con demasiada fuerza, de modo que en media hora, aproximadamente, podrá soltarse. Lo demás es cuenta suya. Hasta nunca, Baby.

—Yo no diría tanto —sonrió fríamente Brigitte.

—Es estúpido por su parte provocarme así, ¿no le parece? —Frunció el ceño Dimitri—. Más vale que acepte con más humildad la situación, so pena de irritarme. Créame que tengo que hacer un esfuerzo para cumplir mi palabra de dejarla viva. ¿Alguna cosa más?

—He dicho todo lo que tenía que decir.

—Pues yo también. Vámonos, muchachos.

Salieron los tres de la cueva, dejando sola, atada de pies y manos y tendida en el suelo a Baby, que durante unos segundos estuvo oyendo las pisadas por el corredor. Luego, el silencio más absoluto. Un silencio denso, pesado, sobrecogedor.

Brigitte dio el primer tirón a las cuerdas que sujetaban sus manos, pero comprendió que estaba eligiendo un sistema

equivocado, de modo que dedicó su atención a las que sujetaban los pies. Comenzó a forcejear con ellas, mirando a su alrededor, en busca de algo que pudiera ayudarla, pero solamente vio roca viva. Tenía que soltarse por sus propios medios musculares, sin ayuda mecánica de ninguna clase…

Veinticinco minutos más tarde, sudando copiosamente, casi lanzó un grito de alegría cuando, por fin, sus pies quedaron sueltos. Se puso en pie, tambaleándose, dolorida, y permaneció así unos segundos, recuperando completamente el aliento. Luego, tal como había planeado mientras se dedicaba a soltarse los pies, se acercó al clavo del cual pendía la bombilla y el maletín. Calculó la distancia, se colocó de espaldas, y de pronto se inclinó hacia adelante, impulsando la pierna derecha hacia atrás, lo más alto que pudo. Igual que en una patada de karate o *capoeira*. El primer intento falló en parte, pues apenas llegó a tocar el maletín. Volvió la cabeza, calculó de nuevo la distancia exacta, y retrocedió tres o cuatro pulgadas. Una nueva patada hizo deslizarse ligeramente el maletín hacia la cabeza del grueso clavo. La tercera patada lo dejó prácticamente colgando del reborde de la cabeza del clavo. A la cuarta patada, el maletín ascendió un poco, el asa pasó por encima de la cabeza metálica, y, al fin, cayó al suelo.

Inmediatamente, Brigitte se sentó junto al maletín, de espaldas, y consiguió abrir el cierre. Metió las manos dentro, volcando el maletín, y asió el cepillo para el cabello. Apretó el mango como sólo ella sabía, y el agudo estilete apareció, con suavísimo chasquido.

Un minuto más tarde, completamente empapada en sudor, con pequeños cortes en las muñecas y en los dedos, Brigitte Montfort, alias Baby, estaba completamente libre de manos y pies.

Requirió inmediatamente la radio, que accionó.

—¡Sí! —se oyó la voz de Pitzer.

—Tío Charlie —jadeó—: ¿han entregado ya el dinero?

—Hace casi quince minutos. ¿Cómo le va a usted?

—Increíblemente bien. Tengo mi maletín, con el equipo completo, incluida la pistola. ¿Ha regresado el helicóptero hacia el kayo?

—Aparentemente según los datos visuales, sí. Pero luego, nuestros receptores indican un cambio de ruta hacia el Sur, a toda velocidad. ¿Qué hacemos?

—No lo sé aún. Le llamaré dentro de unos minutos. Por si acaso, avise a todos los demás y que comiencen la aproximación, con todas las precauciones.

—La situación de usted ha cambiado ¿no es cierto, Baby? ¿Qué triunfos ha conseguido y cómo ha podido…?

—Tío Charlie, no es momento de hablar. Lo llamaré dentro de unos minutos.

Cerró la radio, empuñó la pistolita, asió el maletín con la mano izquierda y salió de la cueva. No se veía a nadie, no se oía nada en aquella colosal gruta llena de corredores. No obstante, Brigitte se dirigió, siempre con precauciones, hacia donde estaba la gran gruta con el proyectil atómico.

Llegó allá sin novedad, y se quedó mirando el gran monstruo destructor durante unos segundos. Volvió la cabeza hacia la sala de los aparatos de control, pero, justo entonces, con aquella extraña facultad suya de ver todo lo que le rodeaba, se dio cuenta de que había algo especial a su izquierda. Se volvió vivamente, alzando la pistola a toda prisa…, y quedó paralizada por el asombro.

Allá estaban las jaulas de gruesos barrotes que había visto antes. Sólo que ahora no estaban vacías, ni tenían la puerta abierta. Se acercó a ellas y se quedó mirando, sin comprender, a los doce hombres que yacían en el suelo, amontonados, como dormidos. En la otra jaula había otros doce o catorce hombres. Eran los que ella había visto antes: los del control, los que iban con «mono» azul… Todos parecían estar allí dormidos y encerrados en las jaulas. ¿O estaban muertos? Esto no la habría sorprendido demasiado, porque empezaba a comprender que Dimitri los había traicionado a todos. Los había dejado allí, encerrados en las jaulas, mientras él escapaba con el helicóptero y con el dinero… Probó a abrir la puerta, pero no pudo. Metió un brazo por entre los barrotes, asió la mano de uno de los hombres, y tiró hacia ella, acercándolo. Notó el pulso, normal, fuerte, acompasado. Solamente estaba dormido. Y los demás, lógicamente, debían hallarse en idéntica circunstancia. Dormidos bajo los efectos de un gas… Posiblemente el mismo gas que habían querido utilizar contra ella en su *suite* en Flamingo.

La traición de Dimitri no podía estar más clara. Huía con el dinero y sus dos hombres de confianza, y dejaba a los demás a merced de la CIA Lo cual quería decir que ninguno de aquellos

hombres sabía nada que pudiera perjudicar a Dimitri, evidentemente.

Se apartó de la jaula, todavía un tanto desconcertada. Entró en la gruta donde estaban los controles y se acercó al panel que marcaba el tiempo. Un escalofrío intensísimo recorrió su cuerpo al ver que el medidor de tiempo estaba funcionando. Catorce minutos y veinte segundos… Catorce minutos y diecinueve segundos… Catorce minutos y dieciocho segundos… Catorce minutos y die…

Su mirada se posó en el tablero del control de disparo, desorbitados los ojos. Encima del botón rojo había un pequeño aparato metálico que tenía cuatro patas; en el centro de la parte inferior, una delgada barra de acero apuntaba directamente al botón e iba descendiendo muy lentamente. Cuando pudo reaccionar, tras comprender aterrada que aquella barra de acero estaba destinada a apretar el botón, el medidor de tiempo marcaba trece minutos y cincuenta y seis segundos… Trece minutos y cincuenta y cinco segundos… Trece minutos y…

Ahora, Brigitte fijó sus ojos en la pequeña palanquita que tenía a su izquierda, encima de la cual se leía la palabra *Off*. La tocó, con dedos temblorosos, vaciló un instante y, al fin, la bajó, con gesto rápido, decidido, cerrando los ojos. Oyó un ligero «clic» delante de ella, abrió los ojos y miró de nuevo el medidor de tiempo que se había detenido, marcando trece minutos y cuarenta y siete segundos.

—Dios mío…

Notó de pronto un fortísimo temblor de piernas y tuvo que apoyarse en los paneles de control, dejando caer la cabeza sobre el pecho, respirando agitadamente. Sabía que estaba intensamente pálida, y notaba el rostro y las manos como heladas. Permaneció así casi un minuto, recuperándose del miedo que había pasado, no por ella sola, sino por lo que habría podido suceder si hubiera cometido un error. Pero había tenido que intentarlo, ya que los técnicos que pudieran acompañar a tío Charlie tardarían en llegar allí más de los… trece minutos y cuarenta y siete segundos que habían separado aquel momento del disparo automático del proyectil.

Recurrió de nuevo a la radio.

—¡Diga, Brigitte!

—Tío Charlie, pueden venir. A toda máquina. Utilicen todas las

luces, pero me parece que no quedan enemigos en el kayo.

—¿Se han marchado? ¿Todos? ¿Cuántos eran y cómo han…?

—No tengo ganas de conversación. Es todo.

Guardó la radio y se acercó al cuadro de mandos que hacía deslizarse la gran abertura del techo. Bajó la palanca, y el gran camuflaje de cartón piedra y plástico comenzó a deslizarse. Se desentendió de esto, y abandonó la gruta, en busca de la salida exterior, que no tardó en encontrar, tras recorrer un par de pasillos. El corredor seguía recto, horizontal, pero se veían grandes piedras formando escalones. Subió rápidamente por ellos y al llegar arriba vio a un lado la palanca metálica. La bajó y un trozo de roca giró, hacia fuera, dejando entrar el olor y el rumor del mar, que fue como una caricia que envolvió el cuerpo de la espía internacional. Salió al exterior, respirando profundamente. Se quitó el traje de goma, quedando solamente con la malla negra que cubría completamente su cuerpo.

Bien… No era probable que tío Charlie y los demás tardasen más de veinte minutos en llegar. Y todo lo que tenía que hacer ella era esperarlos. Ni siquiera tenía que preocuparse por los hombres de Dimitri, pues estaban bien seguros en sus jaulas. Sacó los cigarrillos del maletín, encendió uno, y se dispuso a esperar.

Diez minutos más tarde, impaciente, se puso en pie, escaló un pequeño promontorio y miró hacia el mar. Todavía muy lejos, vio gran cantidad de luces sobre el negro mar.

—¿Tío Charlie? —llamó por la radio.

—Sí, Brigitte.

—Veo que están llegando. Les voy a dejar abierta la entrada secreta; está en el lado oeste del kayo. Sólo tienen que apagar las luces y verán la entrada iluminada. Yo voy a curiosear por abajo. Tenemos toda la base para nosotros. No hay peligro alguno.

—De acuerdo.

—¿Cómo va lo del dinero?

—Sigue hacia el Sur.

—Bien. Los espero dentro del kayo. Hasta ahora.

Regresó lentamente al interior de la isla, mirando a todos lados, reparando en pequeños detalles. En general, era una instalación pobre, muy modesta. Se había hecho lo estrictamente necesario para que hubiera luz y energía suficiente para los trabajos de

soldadura o ensamblaje de las piezas que habían ido llegando del proyectil… Se quedó mirando éste, y fue acercándose, despacio, alzando cada vez más la cabeza, para seguir mirando la punta. Habría que desmontar con mucho cuidado aquella punta, donde estaba la cabeza atómica… Recordó de pronto los controles, y fue de nuevo allá. Sonrió al ver que el medidor de tiempo seguía marcando menos trece minutos y cuarenta y siete segundos. Al mirar el aparato que sostenía la barra metálica, respingó. ¿Cómo no se le había ocurrido antes? Con gran cuidado, lo quitó de allí, y luego se sentó ante el tablero de mandos de disparo. Bien… A fin de cuentas, aquello ya no era cuenta suya, pero no perdía nada curioseando.

Poco después, calculando que tío Charlie y los demás debían estar a punto de desembarcar, decidió salir a su encuentro. Salió de la cueva de los controles y de nuevo miró el formidable proyectil… ¿Por qué no verlo de más cerca?

Se dirigió a la plataforma metálica y se colocó sobre ella de un ágil salto.

¡Plom!

Caminó hacia el proyectil, pero se detuvo en seco, estupefacta… ¿Plom? Aquel no era el ruido propio de una plataforma metálica al caer algo sobre ella… Alzó un pie y golpeó el suelo…

¡Plom!

El ceño de Baby se frunció. ¿Plom? ¿Otra vez? Sanaba como si bajo sus pies tuviera madera, no metal. Estupefacta, estuvo considerando esta posibilidad durante unos segundos. Aquello era absurdo. Volvió a golpear.

¡Plom!

Saltó de la plataforma, fue adonde había un montón de herramientas, y cogió un enorme martillo. Regresó a la plataforma, alzó el martillo por encima de su cabeza y lo dejó caer, con toda su fuerza, en el borde de la plataforma metálica.

¡Craassh…! El borde de la plataforma se quebró, se hundió y saltaron un montón de astillas. De madera, naturalmente. Brigitte lanzó una exclamación y volvió a golpear. Las tablas se hundieron aún más, salpicando astillas a todas partes. ¿Una plataforma de madera para lanzar un proyectil atómico? Durante unos segundos estuvo contemplándola. Cierto, parecía metálica, debido a la

pintura magníficamente aplicada, pero… era de madera. ¡De madera!

—¡Baby! —Oyó—. ¡Hemos llegado! ¿Todo bien ahí abajo?

Sin contestar, saltó de nuevo a la plataforma. ¡Plom! Se acercó al proyectil, blandió el gran martillo y lo lanzó, con fuerza, contra el monstruo metálico… ¡Craaccc…! Todo el proyectil vibró y el martillo se hundió en él, casi escapando de las manos de la espía. Rodeó el proyectil y volvió a golpearlo con el martillo. ¡Craaccc…!

—¡Baby! —oyó de nuevo a Pitzer.

Pero Baby estaba mirando aquel agujero. Por un lado, su forma era recta. Asió aquella parte y tiró hacia fuera, abriendo completamente una pequeña puerta *de madera*, pintada como si fuese el más sólido y rutilante metal. Entró en el proyectil, sombrío el gesto, y se quedó mirando aquella enorme esfera metálica que había allí, sobre un soporte también metálico. La golpeó con los nudillos. Aquello sí era metal. La esfera era grande, alta, con un diámetro no inferior a los cuatro pies…

Tic-tac-tic-tac-tic-tac-tic-tac-tic-tac…

Súbitamente pálida, Brigitte se inclinó, colocando una oreja pegada a la esfera metálica. Su finísimo oído no la había engañado. El tic-tac sonaba ahora clarísimo. Se irguió vivamente y salió del interior del proyectil de madera. Desde la plataforma vio a Pitzer y a una docena de Simones avanzando hacia ella, con grandísimas muestras de alivio.

Pero Brigitte, que al fin lo había comprendido todo, sabía que aquél no era el fin, sino el principio…

Capítulo XIII

Desde el helicóptero, en vuelo directo hacia el Sur, se vio también la enorme explosión roja y amarilla, que ascendió como una gran bola multicolor hacia el cielo lleno de estrellas. La gran llamarada debió ser vista a muchísimas millas de distancia a la redonda, iluminando todos los pequeños kayos, el mar, el cielo… Pronto perdió su intenso brillo, debido a la cantidad de humo negrísimo que volvió a ensombrecerlo todo. Dada la distancia que separaba aquella poderosísima explosión del helicóptero, no cabía duda de que había sido algo espantoso.

—Bien… —rió Romano—. ¡Ahí termina todo! Solamente quedamos nosotros tres. Ha muerto Baby, los amigos a los que sin duda llamó en cuanto pudo soltarse, nuestros… empleados… Todo el mundo ha muerto en ese maldito kayo.

—¿Qué habrá sido del proyectil atómico? —rió el que tripulaba el helicóptero.

—¿Quién sabe? —rió también el otro acompañante de Romano—. ¡A lo mejor ha salido disparado hacia Washington!

Se echaron a reír los tres, alegremente, mientras Romano señalaba hacia el lado derecho.

—Ya vamos hacia el Oeste, Soames. Será mejor que pasemos al yate cuanto antes. No olvidemos que, casi seguro, la CIA habrá dado orden de buscar e interceptar un helicóptero.

—De acuerdo.

El aparato tomó rumbo Oeste inmediatamente. Y casi media hora más tarde, sobre el negro mar, veían la blanca mancha de una embarcación.

—Ahí está el yate… —dijo Rowles—. Asegura bien esa maleta, no se te vaya a escapar y se nos vaya al fondo del mar.

—Descuida… —sonrió Romano—. No será tan fácil que yo suelte veinticinco millones de dólares. Bien. Soames, baja ya. Los

del yate nos están esperando… Espera. Haz la señal primero. Sería estúpido cometer un fallo ahora.

Soames hizo una señal con la luz, pasando por encima del yate. Desde éste se le contestó con la misma señal, y ya no hubo dudas. El yate se había detenido, bandeando fuertemente sobre el mar ligeramente picado. Poco después el helicóptero se posaba sobre las aguas, muy cerca de la blanca embarcación.

—Esto no tardará mucho en hundirse… —dijo Soames—. Será mejor que los del yate se den prisa.

—Ya están descolgando el bote de goma —dijo Rowles—. Estaremos a bordo dentro de dos minutos. Y luego, con veinticinco millones de dólares…

Se estaba volviendo hacia Romano, sonriendo, pensando en lo que se podía hacer nada menos que con veinticinco millones de dólares.

¡Plop!

La sonrisa quedó para siempre crispada en los labios de Rowles. Cayó hacia atrás, muerto instantáneamente por la bala que se había clavado en su frente. Soames, todavía sentado ante los mandos, volvió la cabeza, sobresaltado… Pero, en realidad, cuando acabó el movimiento ya estaba muerto, pues la bala disparada por Romano le dio en la nuca y lo empujó contra la carlinga transparente del helicóptero, que estaba llenándose de agua.

Tranquilamente, sin conceder ni siquiera una mirada a los dos cadáveres, Romano se colocó al borde de la portezuela y, cuando el bote de goma llegó allí, pasó la maleta con el dinero al hombre que se ocupaba de los remos. Luego saltó él a bordo, tomó la maleta y el hombre siguió remando, en dirección opuesta ahora, o sea, de regreso al yate. Y cuando éste se alejaba de allí el helicóptero, con dos cadáveres dentro, ya se había hundido.

Capítulo XIV

Tres días más tarde, en una hermosa villa blanca, de tejado rojo, situada en las afueras de Tampico, cerca del mar, se llevó a cabo la reunión. En total fueron ocho los hombres que llegaron a la villa en diferentes autos. Todos ellos fueron guiados por el mayordomo al gran salón, decorado lujosamente con una gran puerta-ventana que daba a la terraza, desde la cual se veía el mar como si estuviese allí mismo. Del techo pendía una gran araña de finísimo cristal, los cuadros de las paredes eran magníficos; el mobiliario, exquisito… Había una gran mesa ovalada en el centro del salón, pero los invitados a la reunión concedieron, por el momento, más interés al bar, donde cada uno se sirvió a su gusto, mientras charlaban, haciendo excitados comentarios…

—Bien… —dijo uno de ellos después de unos minutos—. Son ya las diez de la noche y, según entiendo, nuestro anfitrión alardea de puntualidad, de modo que…

—Su anfitrión, caballeros, sólo alardea de lo que puede. La puntualidad no es difícil.

Todos se volvieron hacia la puerta, en la cual, muy correctamente vestido de oscuro, impecable, elegante, y más simpática que nunca su expresión, acababa de aparecer Dimitri, llevando una gran maleta en su mano izquierda.

En medio de la gran expectación que su puntualísima aparición había creado, se dirigió a la mesa central, se sentó ante la cabecera y volvió la cabeza, mostrando una expresión de amable asombro.

—¿No quieren sentarse, caballeros?

Se pusieron en movimiento, todos a la vez. Una vez estuvieron sentados, Dimitri los fue mirando, uno a uno, siempre en los labios aquella sonrisa cortés, simpática, de gran muchacho amabilísimo.

—Señores: hace exactamente un año, tres meses y diecisiete días, ustedes y yo nos separamos, después de haber discutido

mucho mi oferta, que, en principio, rechazaron. Les ofrecí disipar sus dudas no sólo demostrándoles mi… capacidad personal, sino aportando incluso el mismo capital que todos ustedes juntos. Pues bien: aquí está mi parte.

Abrió la maleta y la empujó hacia el centro de la mesa. Los invitados se pusieron en pie para ver su contenido, y un murmullo prolongado de asombro resonó en el salón.

—¿Cuánto hay aquí? —preguntó al fin uno de ellos.

—Veinticinco millones de dólares. ¿Es suficiente mi aportación? —De nuevo se extendió un murmullo por el salón de evidente asentimiento, y Dimitri sonrió—. De acuerdo, entonces. Ahora espero que cada uno de ustedes contribuya con los dos millones de dólares que se comprometieron a aportar si yo conseguía mi objetivo. Cheques que me entregarán ahora mismo, de acuerdo a lo convenido, y que serán contra un Banco de Suiza, al cual irá a parar todo el capital de la… sociedad. ¿Alguna duda, caballeros?

No hubo ninguna duda. Casi a la vez, los ocho hombres sacaron de sus billeteras un cheque, que se dedicaron a rellenar, en silencio. Uno a uno, los cheques fueron cayendo dentro de la maleta, sobre los veinticinco millones de dólares en efectivo. El último en tirar su cheque empujó la maleta hacia Dimitri, que sonrió complacido y la cerró.

—Recibirán más noticias mías dentro de unos tres meses. Hay que prepararlo todo muy bien…

—Espere, Cameron… —musitó uno de los invitados—. Todo lo que sabemos de usted es que se llama Stan Cameron, que fue expulsado hace tres años del MI5 británico, y que desde el inicio de nuestras… relaciones demostró una gran capacidad personal. Y mucha ha de ser para haber conseguido este dinero. ¿Cómo lo hizo exactamente? ¿Tal como lo planeó con el asunto del proyectil?

—Efectivamente.

—Sabemos que un kayo de Florida estalló. La noticia ha aparecido en muchos periódicos. Parece que hubo muchas víctimas… Pero es todo lo que sabemos.

—Ya les dije lo que pensaba hacer, ¿no es cierto? Pues lo hice, eso es todo. Contraté a unos cuantos tipos adecuados para el trabajo y nos dedicamos a construir un proyectil de madera con instalaciones falsas dentro de aquel kayo hueco. Uno de mis

hombres, que trabajaba como empleado mío en Flamingo, en la tienda de artículos deportivos, fue el elegido como cebo. Se llamaba James Luther. Le hice escribir una carta para la CIA y la unimos a unas cuantas fotografías que había tomado yo mismo y las enviamos a Washington. Al día siguiente maté a Luther.

Y aquella misma tarde, tal como yo había calculado, llegó a Flamingo nada menos que la agente Baby. Pero aunque no la hubieran enviado a ella, todo habría sido igual, supongo. Entre las fotografías que aparentemente había enviado James Luther, su asesinato, el asunto de la lancha guardacostas que había explotado cerca de los kayos y algún que otro pequeño detalle, cualquier espía medianamente bueno habría empezado a atar cabos. Y eso era lo que yo quería, para que fuese informando a la CIA, diciendo que el proyectil existía. Luego había que capturar al agente de la CIA, en este caso Baby, y dejarle saber, como casualmente, que alguien me pagaba cinco millones de dólares por aquel trabajo. La reacción de Baby fue lógica, estaba prevista: me ofreció el doble por no disparar el proyectil. Finalmente llegó a los veinticinco millones. Por supuesto, estaba asustada, y eso no se le puede reprochar, ni a ella ni a nadie. La CIA pagó, yo cobré y me fui en un helicóptero, que luego fue hundido. En el yate terminé el viaje, llegando apaciblemente, pescando, tomando el sol, a Tampico, como un alegre deportista en vacaciones… Y escondidos en un sitio del yate veinticinco millones de dólares. Nadie ha quedado detrás mío: todos mis hombres, después de dormirlos con gas, quedaron en las jaulas que había preparado. Los dos que creían ser de mi confianza están muertos también, en el fondo del Caribe. La agente Baby, a la que dejé viva y con su equipo para que pudiera llamar a los de la CIA cuando se hubiera soltado debió hacerlo, considerando únicamente que yo había traicionado a mis hombres. Ella misma, si llamó a sus amigos, los metió en la trampa. Dentro del proyectil de madera había una auténtica carga de explosivos capaz de volar prácticamente todo el kayo… —sonrió de pronto, divertido—. Lo único que me sabe mal de esto es que no sé si antes de morir Baby se enteró de que me había burlado de ella, de que había estafado a la CIA veinticinco millones de dólares con un simple juguete hecho de madera… ¿Alguna pregunta más, caballeros?

Los invitados cambiaron miradas entre sí antes de que uno de

ellos tomara la palabra.

—A partir de este momento, Cameron, usted es el jefe absoluto de la organización, y nosotros los socios capitalistas. ¿Es así?

—Por supuesto. Y no olviden que al principio es posible que aún necesitemos más dinero. Tenemos cuarenta y un millones de dólares, pero quiero llegar a los cincuenta antes de empezar.

—¿Cuándo empezamos?

—Tranquilo, señor Glasworthy, tranquilo… —sonrió Dimitri-Romano-Cameron—. Hay que templar bien los nervios. Aprenda de mí, que me he pasado un año y pico en Flamingo, como un honrado comerciante, disfrazándome todos los días, siempre pensando que podía cometer un fallo… Hay que ser cautelosos. Sin embargo, no teman: empezaremos pronto a… funcionar. Cada uno de ustedes tiene unos fabulosos ingresos asegurados. Con nuestros atentados políticos, el espionaje, la venta de armas que fabrican ustedes, las subversiones de toda clase, los asesinatos y muchas cosas más, nuestra organización va a tener mucho trabajo y muchos ingresos. Se lo prometo. Sólo tienen que concederme tres meses más. ¿Satisfecho, señor Glasworthy?

—Sí, gracias.

—¿Alguna pregunta más? —sonrió de nuevo Dimitri-Romano-Cameron.

Nadie contestó esta vez, y el jefe de la recién creada organización se puso en pie.

—Caballeros, será mejor que regresen ustedes a sus domicilios en Estados Unidos. Dentro de tres meses, cuatro como máximo, todo lo habré puesto en marcha y volveré a citarlos aquí. Gracias por todo… y buenas noches. Los acompañaré a la puerta.

Un minuto más tarde, Dimitri-Romano-Cameron regresó al salón. Cogió la maleta, se fue hacia el sofá que había en un rincón y se sentó, dejando la maleta a sus pies. La abrió, contempló su fabuloso contenido y encendió un cigarrillo. Por último soltó una gran carcajada y se echó hacia atrás en el sofá.

—¡Pobrecita Baby! —rió—. ¡Tan peligrosa, tan audaz, tan inteligente…, y ha muerto estafada, habiendo metido ella misma en la trampa a un buen puñado de sus queridos Simones! ¡Pobrecita «Ba…»!

La risa se cortó de pronto. Romano, o Cameron, o Dimitri, según

el momento, se quedó inmóvil, como petrificado súbitamente. ¿Qué era lo que estaba oyendo…? No… No podía ser…

¡Ffffiiirrrr… ruuúuuuuuu… ffiirrrrr… brúuuúuuu…!

—¡Pobrecito Dimitri! —dijo una voz en la salida a la terraza, oyéndose muy claramente por encima del canto de las tortugas.

Los ojos de Dimitri giraron hacia allí, desorbitados. ¿Qué era lo que estaba viendo? ¿Un fantasma? En todo caso debía ser un fantasma muy especial; más hermosa que nunca, pistolita en mano, Brigitte Montfort, alias Baby, lo contemplaba con sonriente expresión.

—¡Fffiirrr… bruuúuuuúuuu… ruuúuu… fiiirrrr! —Se oía en el salón.

—No… —jadeó Dimitri—. No puede ser…

—Pobrecito Dimitri —repitió Brigitte, alzando su pistolita, apuntando a la cabeza de aquél.

—Espere… Espere, Baby… Podemos…

¡Plof!

Era un blanco facilísimo para Baby, naturalmente. La balita se clavó en la frente de Dimitri cuando él empezaba a incorporarse, y lo volvió a sentar. El cigarrillo cayó al suelo, y Dimitri quedó cómodamente sentado, con los ojos abiertos, fijos en… la Muerte.

Charles Alan Pitzer apareció detrás de Brigitte, pistola en mano. Y detrás de Pitzer, su ayudante Simón, el de la floristería, también pistola en mano. Brigitte fue donde estaba la maleta, la cerró y caminó con ella hacia la terraza. Allí, se inclinó y recogió del suelo el pequeño magnetófono, que aún estaba emitiendo el canto de las tortugas.

Otro Simón saltó en aquel momento a la terraza y fue a colocarse delante de Brigitte.

—Eran ocho. Todos están detenidos, Baby.

—Espléndido, Simón. Bueno, ustedes se encargarán de este asunto. Pueden llamar a los agentes del mar y decirles que todo ha terminado: ya no tienen que seguir a nadie, ni localizar ninguna señal.

—De acuerdo —sonrió Simón—. Yo me encargaré de todo.

—En ese caso, tío Charlie, Simón y yo regresamos a casa. Pero antes, claro, tendremos que pasar por Washington, para devolver la maleta con el dinero…

—Oh, deme eso… —exclamó Simón—. Usted no tiene que cargar con nada, Baby.

—Gracias, querido. Me gustará ver la cara que pone Mr. Cavanagh cuando, además de devolverle los veinticinco millones, le entreguemos cheques contra Bancos suizos por valor de dieciséis millones.

—¡Es usted fantástica! —Exclamó Simón—. ¡Absolutamente fantástica! ¡Y pensar que yo quería atacar en cuanto supe dónde estaba este tipo…!

—Pues ya ve que hay que tener paciencia… y astucia. Creo yo que dieciséis millones de intereses por un… préstamo de cuatro días no está nada mal, ¿verdad? Diríase que… ¡Tenga cuidado, Simón!

—¿Qué… qué pasa?

—Maneje esa maleta con más cuidado, queridito… Sobre todo el asa, no sea que estropee el transmisor de señales que hay dentro. Vale mucho dinero… y quizá nos sea útil en otra ocasión.

Este es el final

Los tres se pusieron rápidamente en pie al verla aparecer. Por un instante quedaron poco menos que desmayados de admiración. Para asombro perpetuo de ellos, Brigitte Montfort tenía la facultad de parecer cada día más hermosa y más joven. Lo mismo en *bikini* que, como en esta ocasión, ataviada con el finísimo, elegantísimo vestido de noche.

—Brigitte, usted me dijo…

—Me citó a las ocho para…

—Por teléfono me aseguraste…

La divina alzó una manita, sonriendo.

—Calma, caballeros, calma. ¿Sí, tío Charlie? ¿Si, Frankie? ¿Sí, Miky?

Minello, Pitzer y Grogan asintieron a la vez. Si ella pedía calma, pues calma.

—Vamos a ver: ustedes han estado discutiendo por qué los he citado a la vez, y cada uno cree que los otros dos están en un error… Pues no. Los he citado a propósito a los tres porque he pensado compartir esta velada con ustedes, eso es todo. Charlaremos como buenos amigos, cenaremos espléndidamente y luego escucharemos ópera.

—Pe-pero si… si no hay ópera estos días en Nueva York… —tartamudeó Minello.

—Eres un cabeza dura, Frankie. La cena será aquí mismo, en la intimidad de una buena amistad.

—Pero… ¿qué estamos celebrando?

—Que mi querido jefe periodístico, el sin par, el generoso Miky Grogan, me ha aumentado el sueldo.

—¡Sopla! —Exclamó Minello—. ¿Cuánto?

—Setenta mil al año, Frankie

—¿Setenta mil… dólares?

—Sí. Hicimos una apuesta y él perdió.

—¡Pero qué apuestas ni qué pitos! —aulló Frank Minello—. ¡Yo también quiero aumento de sueldo, maldita sea el hambre que estoy pasando…!

—¡Qué exagerado eres! —rió Brigitte.

—Además —masculló Grogan—, a ti la CIA no te ha aumentado el sueldo en cien mil dólares al año, ¿verdad?

—¿Qué… qué… qué…? ¿Me están diciendo que también la CIA le ha aumentado el sueldo a Brigitte? Pero… ¡por todos los demonios descalzos que están bailando en el infierno…! Oye… Me parece que han llamado a la puerta, ¿no? —se calmó, tan campante.

—Sí. Es la hora en punto. Me permití invitar a dos damas a la fiesta.

—Ejem… ¡Ejem, ejem! —carraspeó Minello, tirándose de la corbata de lazo—. ¿De veras? Vaya, caramba, vaya, caramba… O sea, que vamos a ser… tres damas y tres caballeros. No está mal. De todos modos, antes de que Peggy las traiga aquí, déjame decirte algo, Brigitte: eres una ambiciosa, una codiciosa, una avariciosa que…

—*Mistress* Galloway y *Mistress* Parkinson —anunció Peggy.

Las dos invitadas entraron en el fabuloso *living*…, y a Minello se le heló la sangre en las venas. Ninguna de ellas tenía menos de setenta años. Caminaron con pasitos menudos hacia Brigitte, tendiendo sus manos arrugaditas, sonriendo, lanzando grititos de placer…

—Señorita Montfort, señorita Montfort, qué detalle tan delicado el suyo… ¡Qué delicadeza! ¡No sólo nos llama para su limosna anual para esos pobrecitos niños, sino que nos invita a cenar con estos apuestos caballeros…! ¡Qué detalle tan exquisito y humano! ¿Es verdad que podremos oír «El Barbero de Sevilla» en un aparato de altísima fidelidad como si estuviésemos en el Metropolitan?

—Prometido, señora Parkinson… ¿Cómo está, señora Galloway? —rió la divinísima espía—. Permítanme presentarles al señor Pitzer, al señor Grogan, al señor Minello… Estaban deseando que ustedes llegaran para darles una limosna para sus niños.

—¿U-una… limosna? —palideció Grogan.

—¡Pero querido Miky…! ¿No era eso lo que me estaba diciendo hace unos segundos? Y usted también, «señor» Pitzer… En cuanto a

Frankie, creo que tiene razón: soy una avariciosa. Así que a partir de este año aumentaré mi cuota anual. Tenga, señora Galloway… —Sacó un papel doblado del escote—. Ya le tengo preparado el cheque, con la nueva cantidad que pienso asignarles.

—Muchas gracias, muchísimas… ¡Ooooh…! ¡Pero querida niña, si aquí ha puesto usted quinientos mil dólares…!

—¿Qui-qui-quinientos… mil… qué? —tartamudeó Minello.

—Vamos, vamos, caballeros… —Batió palmitas Brigitte—. Hagan sus cheques. No hay que hacer esperar a las damas…, ni a la buena música. ¡Estoy segura de que ésta va a ser una velada encantadora!

—¡Oh, sí! —Dio un gritito *Mistress* Parkinson—. ¡Oh, sí!

Los tres invitados se miraron, fruncieron el ceño y fueron a sentarse cada uno en un sofá. Extendieron un cheque cada uno y lo fueron entregando a *Mistress* Galloway, que a cada entrega, arrebolada, daba un gritito de alegría. Brigitte se acercó, tomó delicadamente los cheques y les echó un vistazo.

—Vaya, no son ustedes precisamente unos Santa Claus, pero… como dice ese refrán español, «quien hace lo que puede no está obligado a más». Peggy: ¿quieres servirnos el aperitivo, por favor? Mientras tanto, yo pondré un poco de música… suave, ambiental

—¡Pero qué noche más deliciosa! —exclamó *Mistress* Parkinson, cogiéndose de un brazo de Frank Minello—. ¿No está de acuerdo, simpático joven?

—Sí… Je, je… Sí, señora, sí… Una noche deliciosa…

Brigitte, ya junto a su formidable *hi-fi* especial, se apartó casi en seguida, sonriendo.

—¡Ya tenemos música! —exclamó.

¡Fffffiiiirrrr… ruuúuuúuuu… brúuuúuufff… Hiiiirrrrr…!

—Pe-pero… ¿qué es eso? —exclamó *Mistress* Parkinson.

—El canto de las tortugas, señora… —Le guiñó Brigitte un ojo a Pitzer—. Ya verá como después de escucharlo le parecerá más hermosa que nunca la música de «El Barbero de Sevilla».

FIN

Notas

[1] Véanse, respectivamente, las aventuras de Baby tituladas *Aquellos días de Viena, Comandantes de alquiler* y *Alarma en el Polo Sur*, novelas a las cuales, evidentemente, se refiere el autor. < <